ALFONSO.

CUADROS DE COSTUMBRES

POR LA SEÑORA

MERCEDES H. DE ALVAREZ.

BOGOTA.
IMPRENTA I ESTEREOTIPIA DE MEDARDO RIVAS.
1870.

ALFONSO.

CUADROS DE COSTUMBRES,

POR LA SEÑORA

MERCEDES H. DE ALVAREZ.

BOGOTA.

IMPRENTA I ESTEREOTIPIA DE MEDARDO RIVAS.

1870.

Al Ilmo Sor Obispo
Dr. Manuel Canuto Restrepo
el autor
q. M. de A.

DEDICATORIA.

Señor doctor José María Torres Caicedo.

Me es mui grato dedicaros, estimable compatriota, el fruto de mis desvelos i de mi limitada imajinacion: mi obra titulada ALFONSO—CUADROS DE COSTUMBRES. Ella, en verdad, no es digna ofrenda para un hombre tan ilustre: sinembargo, no despreciareis el trabajo de una colombiana, la dulce inspiracion producida por el amor patrio: madre i patria son una misma cosa, la impresion primera de nuestra vida, el primer afecto del alma. Cuando despertamos en nuestra cuna, miramos cerca una mujer dulce que vela nuestro sueño, i con tierna sonrisa imprime sus

labios en nuestra frente; vemos nuestra cuna bajo el techo de nuestro hogar. ¿Quién puede olvidar los placeres inocentes de nuestra infancia, los objetos con que distraemos nuestra imajinacion infantil? Nadie. Vos, señor, que estais ausente de vuestro pais, podeis comprender lo grande, lo inefable de este amor. Es por esta razon que comienzo mi obra por Popayan, donde fuí hija, i la concluyo en vuestro pais, donde fuí madre: épocas notables en la vida, particularmente en las mujeres, que no tenemos otra mision en el mundo sino la de esposas. Pues bien, tal ha sido el objeto de mi obra, la cual doi a luz llena de temor por la crítica a que me espongo, cediendo a las repetidas instancias de varios amigos.

Yo digo como Mr. de Lamartine: "Un amigo es un amigo; el público es nadie, es anónimo." Así es, estimable compatriota, que vuestro voto me bastará.

Mercedes H. de Alvarez.

ALFONSO.

CUADROS DE COSTUMBRES.

I.

Los sucesos que vamos a referir, pasaban en la ciudad de Popayan en el mes de marzo de 1839. Era una hermosa noche: el cielo de un azul purísimo, tachonado de estrellas; el viento suspiraba dulcemente. La procesion que debia salir esa noche iba a estar mui lucida, pues todas las lindas devotas se preparaban para ir a alumbrar a la imájen de la Soledad: entre ellas iba Laura Rivera.

—¿No es verdad que este chal me sienta mui bien? preguntó a su madre.

—Por cierto que sí, hija mia: estás hechicera.

—Gracias, mamá; es usted tan fina....

Vamos a describir la casa de don Juan de Rivera, padre de la jóven de quien vamos hablando. Un ancho balcon daba

al frente del monasterio de la Encarnacion, i era el de una casa antigua de calicanto mui bien construida, sostenida por arcos i columnas de piedra, de aspecto triste, como todas las casas de la ciudad, aunque con todas las comodidades necesarias de que disfrutaban los antiguos, i mucho mas don Juan, que habia tenido regular fortuna. Los muebles eran los siguientes: en una sala grande, cuyos ladrillos brillaban por el aseo, se veían unas cuantas docenas de sillas de cuero i los espaldares pintados con varias figuras, cuatro canapés, mesas de las que llamaban de *pata de gallo*, i un gran reloj de campana, pendiente de la pared, cuya péndola marcaba con un melancólico compas las horas. El cuarto de Laura contenia un magnífico *calvario* romano, representando la Vírjen, al Señor i a la Magdalena; un cuadro de la Vírjen, copia de Rafael; al frente un lujoso tocador con baño i todos los útiles necesarios; completaban el amueblado una cómoda, un costurero i su silla.

Estaba Laura frente a su espejo, donde reflejaba su encantadora imájen: sus preciosos cabellos cubrian parte de su esbelto talle, haciendo un bello contraste con la blancura de su tez i el desvanecido carmin de sus mejillas. No seria mas bella la Laura del Petrarca, a quien el poeta amaba. Apénas contaba veinte primaveras: una auréola de inocencia celestial coronaba su frente. Su madre, la señora Ana de Rivera, viuda ya, se recreaba en su hija, como una jardinera en la flor mas linda de su jardin, pues que era el único fruto de su casto amor. Laura consultaba con su madre hasta los menores pensamientos, como a la mejor amiga, que es una madre.

—No le parece, mamá, que nos vayamos?

—Sí, hija, porque la procesion sale a las ocho----I se dirijieron a la iglesia.

II.

Es la calle del Humilladero una de las mejores, tanto por su posicion, como por su hermosa vista, pues queda en terreno elevado, i es majestuosa por sus edificios, pudiendo decirse que es como un puerto en aquella ciudad: el gran rio del Molino, la vista del Callejon i del Hospital, todo contribuye a hacer atractivo este punto. Desde allí se divisan las vegas pintorescas del Cauca, esas selvas poéticas en cuyos senos perfumados de naranjos i jazmines se desliza el rio dulcemente, bañando con sus ondas las encantadoras riberas, donde la naturaleza se sonríe bajo un cielo azul tan hermoso como el de Italia.

En una de esas casas del Humilladero vivia la señora Teresa Fernández, viuda rica, i no la acompañaba sino Alfonso Martínez, sobrino de su esposo, quien lo hizo venir de España con el objeto de encargarlo de sus negocios. Alfonso era un jóven elegante i gracioso, como verdadero andaluz, i de talento despejado. Aquella misma noche se paseaba en el corredor de su casa con su amigo Julio Jiménez.

—Ai! Julio, le decia Alfonso, el corazon del hombre, para ser feliz, debe tener dos sensaciones: la opinion política i el amor. Yo tengo la primera, pero me falta amar, que es el alimento del alma: esta es la imájen de Dios en la tierra. Cuando encuentra con la vírjen de sus ensueños, ese sér ideal que se forja en su imajinacion, entónces es cuando vive.

—Alfonso, fácil es encontrarla, ¿pues no sabes que aquí hai muchas jóvenes entre quienes puedes escojer? No te gusta Paulina o Isabel?

—No, todavía no he encontrado en ninguna eso que llaman hermosura, que es una verdadera simpatía, ese magnetismo de la mirada, esa chispa eléctrica que hiere el alma.

—Es que a tí ninguna mujer te gusta. Cuánto hace que me hablas de esto! Te llevo a todas partes, visitamos todas las familias, pero parece que tu corazon es de nieve. Aprende de mí, que amo tanto a Cármen----En fin, sigamos a San Francisco a ver la procesion que sale de allí.

No hai funciones mas solemnes que las de la semana santa. Todas las señoras i señoritas, ricamente vestidas, concurren a alumbrar con el mayor órden i devocion a la Vírjen de la Soledad, imájen linda que brota de sus ojos lágrimas que bañan su rostro,i que infunde respeto mezclado de ternura. Hai ademas algunos otros pasos que representan la pasion con mucha naturalidad. Se forman dos filas de señoras,sin interponerse entre ellas sino los que van mandando i ordenando la procesion. Reina un profundo silencio: no se escuchan sino las voces, los tristes ecos del *miserere*, que conmueven el alma del mas impío, i que van cantando las comunidades relijiosas. El ruido monótono de las pisadas, el chirrido de los cirios, la tropa que marcha con aire marcial marcando el paso, el brillo de las luces, todo forma el cuadro mas pintoresco que pueda imajinarse; todos salen a las esquinas a encontrarla.

En la procesion iba Laura alumbrando majestuosa i bella como la reina de la noche. En una de esquinas estaba Alfonso Martínez mirando a las que alumbraban, cuando de repente mira a Laura. Una mirada se cambiaron, i en ella se dijeron: NOS AMAMOS! Pálido como el mármol quedó Alfonso, i se le suspendió el corazon para palpitarle despues con violencia: el carmin bañó las mejillas de Laura al sentir la primera emocion de amor en su alma vírjen. Desde ese momento, por doquiera los ojos de Alfonso buscaban a Laura, i ella se decia para sí: "Si su corazon será de otra mujer!" i este fué todo su pensamiento. Alfonso preguntó a Julio quién era esa maga encantadora que al fin habia hecho palpitar su corazon.

—Es Laura Rivera, una señorita anjelical.

—Eso no me lo tienes que decir, Julio, porque su faz lo revela. Ai! Laura, yo seré el Petrarca para amarte, i tú serás siempre el ídolo de mi alma!

III.

Se acabó la procesion con el mayor órden i arreglo, i volvió a su casa la señora Ana con su hija, la cual estaba pensativa i triste; pero como los ojos de una madre son tan perspicaces, comprendió perfectamente que su hija sufria ocultándoselo.

—Qué tienes, Laura? le preguntaba.

—Nada, mamá, sino que estoi triste porque me acordé de papá, pues hace un año que salimos con él, i ya no existe.

Su madre se enterneció i besó la mejilla de su hija, la cual correspondió con una sonrisa celestial. Huyó el sueño de sus ojos, i la quietud de su corazon. Toda la noche pensaba en el jóven cuya mirada le habia causado tanta impresion: deseaba con ansia el dia de pascua para poder salir al balcon con el objeto de verlo. Por otra parte, no tenia a quién preguntar quién era; temia ser burlada en su esperanza si le decian que era casado, i perder para siempre su halagüeña ilusion.

Llegó por fin la pascua: por doquier se oyeron los repiques de campanas, cohetes i música,i se regaron flores: los balcones, con ricas colgaduras, estaban llenos de señoritas, cuyos semblantes manifestaban el placer i el anhelo por ver la procesion, que entra en la iglesia de la Encarnacion. Al frente de esta estaba Laura, radiante de hermosura; i el primer objeto que se le presentó a sus ojos fué Alfonso. Cómo describir la sorpresa i el contento de ambos? Imposible! Laura era una jóven mui tímida i pudorosa; así fué que mui pocas veces lo

miró, i esto le pareció a Alfonso encantador, porque el pudor en una mujer es el velo que oculta los encantos, es el preludio del corazon vírjen. Cómo podré saber si soi amado? se decia Alfonso: no me queda otro recurso que abrir mi corazon a mi tia i manifestarle mi amor puro i sincero. Era la tia una señora respetable, de unos sesenta años de edad, no escasa de intelijencia; así fué que atendió con agrado a su sobrino cuando le descubrió su amor.

—Amada tia, le dijo un dia, a quién mejor que a usted, a quien tanto amo, i que por su esperiencia puede darme un consejo acertado, puedo confiar un íntimo secreto de mi corazon?

Refiriéle en breves palabras, pero llenas de fuego i animacion, la súbita pasion que habia concebido por Laura desde que la habia visto, i la esperanza de que aquel amor puro no fuera desgraciado, pues un secreto presentimiento así se lo anunciaba, i concluyó diciendo:

—Qué le parece a usted, tia, le escribo a Laura?

—No, hijo, contestó la señora, porque tú sabes que una señorita educada i virtuosa no recibe cartas de un hombre a quien no conoce.

—Le escribo a su madre pidiéndola por esposa?

—Tampoco, porque no sabes si ella te ama o si tiene algun compromiso anterior, i te espondrias a un chasco; i no es mui agradable recibir una negativa, aunque no sea humillante. Me parece tal vez lo mas acertado ir a visitarlas so pretesto de darles las pascuas, i segun como te reciban, despues tomarás la resolucion que te convenga. Estudiarás su carácter en el curso de tus relaciones con la familia, porque no dejarán de ofrecerte la casa: tendrás ocasion de conocer a Laura a fondo, de sondear sus cualidades morales, i sobre todo te persuadirás de si eres o no correspondido.

En efecto, el domingo siguiente se prepararon i se pusieron en marcha a las doce del dia: se presentaron tia i sobrino en la casa de la señora Rivera, señora fina i amable. Fué grande la sorpresa que tuvo Laura al ver, cuando ménos pensaba, a Alfonso en su casa, i palideció al instante en que este la saludó. En fin, la visita fué mui satisfactoria para todos; se hicieron los ofrecimientos i cumplidos de estilo. Se despidieron, quedando la señora Teresa prendada de la dulzura i modestia de Laura. No quedó ménos satisfecha la señora Ana de las maneras cultas i elegantes de Martínez, el cual les ofreció sus servicios, i que continuaria visitando su casa con frecuencia, si se lo permitian. Aceptado el ofrecimiento con galantería, continuó Alfonso visitando la casa, i cada dia descubria mas mérito i cariño en Laura. Su inocencia i amabilidad lo comprometieron, despues de haberlo reflexionado seriamente, a pedirla por esposa. Nunca lo recibia sola, i cuando no estaba presente su madre, le pedia permiso para ir a llamarla. Por fin Alfonso se descubrió un dia a esta en presencia de Laura, le manifestó sus honradas miras, preguntó si una i otra correspondian a sus deseos, i si Laura le amaba i le aceptaba por esposo.

—A Laura, como interesada directamente, toca responder primero, dijo la señora.

La respuesta era mui dura para ella, porque luchaba con el amor i la vergüenza. Despues de muchas instancias i vacilaciones contestó:

—Lo que diga mi madre.

—Hija mia, cómo quieres que yo responda por tí, cuando eres dueño de tu voluntad, i yo nunca te obligaria a sacrificar tu afecto ni tu libertad? Sí, Laura, para mí es mui triste que te separes de mi lado, pero si tú quieres a Martínez despues de haberlo tratado de cerca, si crees que él puede hacerte feliz, i que es el esposo que te conviene, debes casarte, puesto

que este es el estado mas conveniente a la mujer, i es su mision sobre la tierra.

No sin verter algunas lágrimas, aquel mismo dia, triste i alegre al mismo tiempo, se arregló el matrimonio; pero Laura puso una condicion, i fué la de que Alfonso no la separaria jamas de su madre.

— No es verdad que no me separará usted nunca de mamá? preguntó Laura a su futuro esposo.

—No por cierto, señorita, contestó este: la voluntad de mi esposa será mi lei; mi dicha será complacerla en todo.

Se aplazó el matrimonio para el mes de agosto: todo era placer i contento para los novios. Alfonso le preguntaba a Laura si le gustaba la vida del campo, consultaba su inclinacion para darle sorpresas agradables, el color de las telas para traje, las flores &c: ella le contestaba con sencillez, i entretanto él iba dando sus disposiciones en sijilo, de acuerdo con su tia, que lo complacia aun en los mas pequeños caprichos como a un hijo.

—Bien, Alfonso, le dijo una vez su tia, supuesto que me has dicho que a Laura le gusta la vida del campo, ya está la Hélida arreglada, como me lo indicaste: es necesario que dejes por un dia a la novia i vamos a ver qué te parece la hacienda.

—No, mi querida tia, porque si lo sabe infiere que allá la voi a llevar, i yo quisiera sorprenderla: ya me figuro cómo estará, cuando usted tiene un gusto tan esquisito.

—Al ménos, hijo, mi deseo es complacerte.

—Gracias, mi jenerosa tia, mi madre, mi todo en el mundo.

—Aquí tienes los regalos de boda. I abrió un escritorio i sacó su testamento ya arreglado, en que lo dejaba de heredero de todo: i de su cómoda un cofre conteniendo joyas de oro, diamantes i esmeraldas, i le dijo:

—Todo esto es para tí, porque yo conozco que estoi próxima a la tumba.

—No, tia, no diga usted tal cosa: i las lágrimas de sentimiento i gratitud asomaron a sus ojos.

Los meses de julio i agosto son una de las épocas mejores en esta ciudad. La atmósfera, que de ordinario es eléctrica i da al cielo un aspecto triste i nebuloso con sus frecuentes tempestades, en estos meses cambia completamente i se pone pura como el cristal i de un aspecto risueño. En esta época sus habitantes se alegran, i van a gozar de los amenos campos del Cauca en varios puntos a cual mas bellos: el Bosque, el Infiernito, Tortugas, Puente Real, &c. Es allí, bajo esos guayabos, que se danza i se canta con una alegre música: i a la orilla del rio, que se ve coronado de jente, en un blanco mantel, se saborea el sabroso chocolate con su correspondiente acompañamiento de bizcochos i queso. Allí se ve a la linda ñapanga de rosada patita descalza, con su sombrerito de jipijapa adornado con lazos de cintas, i galanteada como la mejor señorita. Mas allá está la respetable matrona con su esposo i rodeada de sus hijos. En otra parte un grupo encantador de jóvenes bellísimas, cubiertas las cabezas con sombreritos de paja de Italia: otras con rasponcitos de ala arriscada adornados de flores naturales, dejando ver con cierta coquetería su lindo palmito. Otras se botan al agua i azotan con sus robustos brazos las cristalinas ondas, dejando la cabellera flotante sobre la espalda. En fin, todo es allí placer, gozan tanto los niños como las mujeres, lo mismo los ricos que los pobres: todo es allí contento, todos son allí iguales. Llega la hora de retirarse, i se dirijen alegres, cansados, a entregarse al sueño: las criadas llevan las bateas, i en ellas los restos del banquete campestre, ollas, botellas, platos, cubiertos &c.

IV.

Al pié del hermoso volcan del Puracé, que a los rayos del sol brilla su blanca copa, como la cabellera de un anciano, duerme,como el niño en el regazo de su madre, reclinada Popayan. Las elevadas torres i campanarios de la ciudad presentan un aspecto majestuoso, aunque triste, que al caer de la tarde contribuye a aumentar la solemne melancolía de aquella hora. Sinembargo, un dia en la casa de la señora de Rivera reinaba el placer, porque se preparaba el matrimonio de Laura; i un casamiento es cosa mui grande, escena en que nadie se ocupa sino del presente,nadie se acuerda del pasado ni del porvenir, porque todos están poseidos de alegría: en la casa se hacen las colaciones,helados, el traje i el peinado para la novia, porque allí no hai modistas, peluquero, ni confiturías. La cocina ofrece una escena no ménos animada i digna de llamar la atencion: multitud de negras mui aseadas, que son las que sirven en las casas, unas al sonido monótono de la piedra cantan el bambuco, i muelen el maiz para la arepa i las ricas empanadas; otras en la alberca lavan la loza: otras preparan el horno para la esquisita colacion; todas conversan de distintas cosas sobre el mismo asunto.

—Pobre la niña Laura! si irá a ser desgraciada, le dice Baltasara a Camila.

—Desgraciada por qué? luego ella no lo quiere? i a mas de esto, no es español i rico,que es lo que los blancos buscan?

—Ai! por ser español es que le tengo miedo. Mi abuela Jerónima me ha contado tantas cosas de los *chapetones*, que eran tan bárbaros....

—El *ai!*, qué te importa que sean malos? luego no ves que todos los blancos son tan tiranos con los pobres negros,

sin que haya mas diferencia que el color, porque todos somos hijos de Dios?

—Así es, Camila; pero nosotras no tenemos por qué quejarnos de nuestros amos, i mucho ménos de la niña, que es tan buena.

—Es verdad; pero mira a los Montenegros cómo mataron a mi mamá a rejo, porque se robó un anillo, i la enterraron a escondidas, i dijeron que se habia huido; i como todos los negros nos parecemos, no la encontraron. Ahora anda al Valle del Cauca i verás castigos horribles en los trapiches, comenzando desde el cepo hasta la escalera, en donde los estienden como a un Cristo i les dan doscientos azotes, echándoles en las desolladuras agua de sal. ¿No te parece *barbarie* venderle a uno sus hijos, sus padres i todo a tierras estrañas i separarlos para siempre? No hablemos mas de esto, porque me hierve la sangre africana que circula por mis venas. Apuremos, i vamos a preparar el comedor i la bajilla.

Los novios estaban en el balcon viendo la procesion del *Tránsito*, que hacen las devotas, que son las mulatas, quienes al efecto prestan a las señoras flores, adornos i alhajas para engalanarse. Sus vestidos forman un matiz tan variado como el de un jardin, por la diversidad de colores, pues así viste el pueblo de allí. Es en ese dia en el que los *cachacos* tienen diversion con los caprichosos vestidos de las mulatas; pero ellas van mui contentas i satisfechas.

El dia siguiente era el matrimonio. Entre toda la aristoracia i jente distinguida que debia asistir, uno de los primeros convidados habia sido Julio Jiménez. A las cinco de la mañana, apénas la aurora se tiñó de púrpura i grana en el horizonte, cuando la señora Rivera conducia a los novios al pié del altar, en compañía de la señora Teresa i de varios amigos. Laura, prosternada de rodillas, dijo: "madre mia, dadme vuestra bendicion, que mi padre me enviará la suya

desde el cielo ;" i sus hermosos ojos, como los de la señora Ana, se anublaron de llanto. Multitud de curiosos se agolparon a ver la ceremonia : terminada esta, regresó la familia a la casa, donde se sirvió un excelente almuerzo; i pasado el dia en medio de inocentes i puros goces, de felicitaciones i plácemes, llegó la hora del baile, con que se festejaba aquella feliz union. ¡Cuántas lindas parejas ostentaban por doquiera sus lujosos trajes de gro, flores i elegantes adornos! Laura vestida de blanco, ceñía su frente con una corona de azahares blancos, símbolo de su inocencia i pureza, i realzaba su belleza el velo nupcial. Bien pronto la orquesta se dejó oir, i despues de varios pareceres sobre la pieza que se bailaria, triunfó el vals, siguió la contradanza i últimamente el bambuco. Momentos deliciosos que volaron rápidos, hasta que llegó la hora de trasladarse a la mesa. Cada cual condujo su pareja al comedor. Veíanse dos grandes mesas cubiertas de esquisitas colaciones, en medio de las cuales estaban colocadas las pirámides, columnas i torres de nieve, representando una pequeña ciudad de cristal de varios colores; las frutas heladas imitando las naturales, con la misma forma, olor, color i sabor; quesos, corderos i otras varias figuras, completándolo todo los esquisitos vinos i otros licores. Por último, despues de média noche se sirvió el ambigú, que nada dejó que desear, i en el cual brillaban bellos ramilletes de flores, i pilas de esquisitas frutas. Esta espléndida funcion terminó a las cuatro de la mañana, reinando en ella la mayor armonía i cordialidad,i aquella mesurada franqueza que es tan propia de la sociedad culta i bien educada.

A las ocho de la mañana ya estaban preparados en la caballeriza dos magníficos caballos, esperando a los novios para conducirlos a la Hélida.

—Querida Laura, le dijo Alfonso, querrías que saliésemos a dar un paseo al campo? ya lo he dispuesto así.

—A dónde iremos? Alfonso.

—Al Cauca, si tú quieres.

—Lo que tú dispongas, sabes que mi gusto es complacerte.

I Laura fué a prepararse para montar. Un traje verdemar i un sombrerito de pluma le quedaron a las mil maravillas; parecia una amazona. Ájil como una gacela, de un brinco montó en su hermoso castaño; i partieron a galope, gozando de la vista del campo i del aire fresco i vivificante de una alegre mañana. Llegaron a la Hélida. Laura quedó sorprendida : todo lo que veía le parecia un sueño, un cuento de las "Mil i una noches," i no se cansaba de mirar tanta belleza. Solamente la imajinacion de un poeta podia describir la deliciosa quinta, que quedaba al pié de una colina dorada por los primeros rayos del sol. Era esta una casa grande de teja, de un solo piso i claustreada; daba al frente del rio Cauca; desde allí se descubria el puente de calicanto, por debajo de cuyos arcos pasa el agua, que tiene color de vino; una espléndida i lozana vejetacion adorna sus riberas, formando bosques aquí i allí sus mil arbustos. Laura no se cansaba de mirar tantas i tan variadas cosas : ora admiraba la hermosa i cristalina cascada, que se precipita por las rocas con dulce murmullo entre violetas que perfuman el aire : ora la belleza de las flores mecidas por la brisa, i dispuestas en surcos que figuraban las letras de su nombre : ora se deleitaba escuchando el canto variado de las aves, el bramido de las vacas; en fin, llena de gozo, todo le parecia ideal i pastoril.

—Mira, Alfonso, los pavos reales. Qué rico plumaje! Forman sus colores el arco-iris! Mira cómo marchan orgullosos!

Sí, Laura; estos animales son la imájen del hombre: cuando se miran las patas se aflijen, así como a nosotros nos enorgullece el alma que nos anima; pero cuando vemos el

cuerpo, la nada que somos, nos entristecemos. Mas dejémonos de meditaciones i sigamos nuestro paseo....

Se entra a la Hélida por una calle de sauces i tilos floridos, con jardines a uno i otro lado. Casi por todas partes corren arroyuelos cuyos murmullos adormecen el alma. Se ve un huerto de árboles frutales cargados de todo lo que da la temperatura: duraznos, manzanos, granadillos i mil mas. La casa era tan cómoda como bien amueblada, con ricas colgaduras, cortinas i láminas. El comedor estaba adornado con gracia: el oratorio i cuarto de la señora Ana estaban provistos de santos i libros místicos. En fin, por todas partes reinaba el gusto i la elegancia. Dias felices se pasaron en la morada de amor, en donde los recien casados disfrutaron la luna de miel. Así se deslizaba el tiempo fugaz i variable, hasta que la revolucion del año de cuarenta se hizo sentir, llevando en pos de sí todo el cortejo de desgracias i sinsabores que fueron sus consecuencias. Desde entónces se anubló ese bello horizonte de ventura, cuyo porvenir sonreía para Laura.

Por todas partes se oía el redoblar de los atambores, i clarines, cornetas, murmullo de jente, voces, chispas i noticias; no se veían sino reclutas i encuartelamientos; todo anunciaba grandes estragos, i la inquietud reinaba en los ánimos. Unas mujeres lamentaban la muerte de sus esposos, otras lloraban a sus hijos: aquí se veía a una anciana madre loca de pena lamentando la muerte de su hijo, único apoyo en su vejez, i clamando al cielo venganza contra los revolucionarios: allí un grupo de niñas de buena presencia, con sus hermanitos desnudos, preguntando por su padre; pero nadie les respondia, porque él habia caido en el campo de batalla. I todo esto por qué? Por qué, Dios mio? Por contentar el capricho de algunos i satisfacer la venganza i la ambicion de otros pocos. Todo era desolacion, lágrimas i temor....

Triunfó la constitucion: por todas partes se oían gritos

de alegría; entraban las tropas, los héroes gozándose en su triunfo, i despues los heridos, espectáculo que desgarraba el alma. Miéntras tanto se hallaba Alfonso preso en un calabozo, triste i solitario, llorando la pérdida de su amigo Julio Jiménez, muerto en un combate, i a quien se habian encontrado documentos que comprometian a Alfonso, el cual, siendo tan decidido *obandista*, no se habia descuidado en mandar postas i hacer cuanto estaba a sus alcances para defender su causa. ¡Cuál seria la pena de Laura! Trasladémonos con ella a la gobernacion, a donde va a interceder por su esposo.

Despeinada i llorosa, batallando entre el temor i la esperanza, se presenta en un salon en donde se hallan otras varias personas con el mismo objeto. Ya conocemos estas tristes escenas: los empeños se multiplican, las súplicas i los ruegos se oyen por todas partes, se interesa al gobernante por lo mas querido al corazon; pero en estos casos qué puede hacer este sino cumplir las órdenes que ha recibido?

Qué hacer, Dios mio! esclamaba Laura. Dadle, por Dios, libertad a Alfonso, señor gobernador, yo os lo ruego.

—Si en mí consistiera, señora, respondia este, tendria el mayor gusto en complacer a usted; pero yo no puedo dejar de cumplir mi deber, i ademas.... él tiene compromisos, resulta complicado.

Salió la pobre Laura tan desconsolada como habia entrado, i naturalmente avergonzada por estar la gobernacion llena de jente. En fin, seguida i setenciada la causa, se intimó la órden de destierro fuera del territorio granadino a todos los comprometidos, i entre ellos a Alfonso Martínez. La de muerte no le hubiera hecho tanta impresion como esta sentencia. "Oh! qué horrible es esto, decia: Dios mio! tener que separarme de una mujer tan querida, i de mi hogar! ¿Cómo darle esta noticia a Laura sin causarle la muerte, i sobre todo en la situacion en que se halla?"

Cuando se le permitió a Laura ver a su esposo i despedirse de él, lo encontró en un calabozo húmedo i oscuro, reclinado, con la mano en la frente, oprimiendo la circulacion de la sangre en las arterias, i profundamente triste. Al punto se arrojó a sus brazos.

—¿ Qué hacemos, Alfonso mio ?

—Conformarnos con los decretos de la Providencia i de los hombres.

—Qué te sucederá ? qué harán contigo ?

—Me destierran, pero no importa : quiere decir que si me voi, despues mandaré por tí, dijo manifestando serenidad.

—Pero ai ! Alfonso, no puedo soportar un dia léjos de tí, ni resistir esta separacion.....

Esta palabra sonó en el corazon de Alfonso como el golpe de una bala en el pecho.

Llegó por fin el dia de la partida ! Cómo espresar semejante dolor ? Solamente el que haya pasado por este trance puede decirlo; solo el que haya probado el amargo cáliz de la separacion. Arregló sus cosas, llevando casi todo su dinero para trabajar en Lima, pues al Perú fué destinado. Le dejó a Laura una cantidad para que con los réditos hiciera sus gastos, miéntras cambiaba la escena política i mandaba por ella. Este adios fué tan horrible, que espiró en la garganta de Alfonso como el último ai ! de un moribundo ; porque en ese instante era la muerte lo que sentia. Enlazados uno en brazos de otro, tuvieron que separarse al fin, i las lágrimas bañaban el rostro de Alfonso al decir adios a su esposa. Pálida como la muerte se quedó Laura en brazos de su madre i de la señora Teresa, quienes la animaban, miéntras que Alfonso marchaba agobiado por el dolor, oyendo el monótono ruido de las herraduras de su caballo, que retumbaban en las bóvedas de la prision de donde salia. Atras iba un negro sirviente para acompañarlo.

Llegaron a la Hélida. ¡ Cuántas recuerdos despertó en su alma esta quinta ! Todos sus goces inocentes se agolparon a su imajinacion : los primeros objetos que vió fueron sus dos perros Aquiles i Diana, que se botaron a acariciarlo meneando su cola, i parecia que con su instinto fiel conocian la situacion de Alfonso i que echaban ménos a su señora : parecia que adivinaban la tristeza de su amo. En el acto se acostaron a sus piés como para participar de su pena. Animales gratos, fieles, intelijentes, que enseñais al hombre a sentir ! Salió la nodriza de Laura a saludar a su amo. Despues de haber oído con sentimiento la relacion de Alfonso, dijo :

—Ai ! mi amo, la cosa parece sencilla, pero ni yo ni la niña lo volveremos a ver mas a sumercé.

—I esto por qué, mama Fuljencia ?

—Porque dicen que el mar hace olvidar las personas, i que en Lima encantan a los hombres.

—Déjese de agüeros, mama Fuljencia ; U. cree en brujas ?

—No, mi amo, porque es pecado, pero sí creo en refranes.

—Cuide mucho a Laura, que yo no la olvidaré.

Mui triste estaba la negra vieja, porque en esta raza tambien se encuentran almas nobles i jenerosas.

A las cinco de la mañana fué escoltado Alfonso hasta el puerto de la Buenaventura. De todos los pueblos del tránsito, hasta su llegada a Lima, le escribió a Laura. Vamos a conocer esta ciudad ; despues daremos cuenta de Laura.

V.

Sorprendido quedó Alfonso al conocer a Lima : su movimiento, su concurso, su riqueza, todo lo deslumbró, así como su culta sociedad, i sus lindas i amables mujeres.

A pocos dias de su llegada se fué a pasear a Chorrillos

con un amigo suyo, Alfredo Z. Pintaremos a Chorrillos con este rasgo de *Omar*: "¿Quereis conocer a Lima con su corona de mujeres bellas, con la agradable franqueza de sus costumbres i con la animacion i vida de sus círculos sociales? Abandonadlo en los dias de verano, que su temperatura es sofocante, sus aristocráticos salones están solos, sus paseos desiertos i su teatro cerrado. Tomad el tren que conduce a Chorrillos, i en ménos de média hora, al traves de campos polvorosos, estériles i melancólicos, llegareis al pié de una colina a la orilla del mar. Allí está Chorrillos: es un pueblo reducido, de casas pequeñas, callejuelas estrechas i torcidas, que como belleza natural solo puede presentaros una vista encantadora del mar, que se descubre majestuoso e imponente desde el elevado barranco de la orilla: en una ensenada tranquila juegan i murmuran algunas olas que vienen a espirar a la ribera. Chorrillos es el panorama donde se ven en relieve todas las faces de la sociedad de Lima: es la panacea de todos los enfermos, el centro de todos los placeres, el punto de cita de todos los amores, el teatro de juego, el hospital de las histéricas i nerviosas----" Pues bien, entre las señoras que habia en Chorrillos estaba Teresa Wills, viuda de un inglés, que le habia dejado una regular fortuna. Era sumamente bella, tenia esa coquetería encantadora de las limeñas que seduce tanto a los hombres; vestia traje negro, i un sombrerito de terciopelo del mismo color le daba mayor encanto a su tez color de perla: sus negros ojos, velados por abundantes pestañas, i sus facciones suaves, hacian de Teresa una mujer ideal. Estaba rodeada de amigos i amigas en una casa, cuando entró Alfonso conducido por un amigo que era en Lima su *Cicerone*. En el momento fijó Teresa sus lindos ojos en Martínez, i preguntó a Rosa quién era.

—Sé que es un jóven granadino, contestó ella.

—Qué elegante es! parece andaluz----

A la sazon hacia él la misma pregunta a su amigo Alfredo, respecto de ella, el cual lo impuso de toda su historia.

—Ah! qué linda viudita!----

Si a Alfonso le parecieron brillantes los ojos de Teresa, a ella no le parecieron ménos tantos diamantes que tenia este en la corbata, pechera i puños, i un anillo que tenia en el dedo índice; así fué que le hizo muchas demostraciones de afecto, a las que él correspondió atentamente. Cuando se volvió para Lima, se ofreció a acompañarla, lo que ella aceptó con mucho gusto. Los salones de Teresa estaban lujosamente amueblados, como casi todos los de Lima, con magníficas alfombras, espejos, colgaduras, pianos, lámparas i candelabros.

Martínez continuó frecuentando la casa; i una noche, miéntras se tomaba el te, recayó la conversacion sobre el matrimonio. Las señoras tenian a Alfonso por soltero, i este tuvo la debilidad de no desengañarlas, temiendo hacer un papel ridículo despues del desengaño, i perder las atenciones de las señoras. Tal vez pensó que en esto no obraba mal, pero dice el poeta:

"Siempre el delito enjendrará delito,
"La infamia infamia, la traicion traicion."

Despues de este agradable rato se retiró a su casa triste i disgustado. Toda la noche se le representaba Teresa, i mui pocas veces Laura, deseando que volviese el dia para ir a visitar a aquella. Estaba pensativo i con un mal en estremo inesplicable.

Al dia siguiente se vistió elegantemente, consultó con su espejo, i se dirijió a la casa de su amiga. El recibimiento que esta le hizo fué mui satisfactorio para él. Una sonrisa celestial asomó a la boca de Teresa, que disipó su pesar: entónces comprendió que era algo mas que amistad lo que sentia por Teresa. Estoi enamorado, se decia, puesto que la presencia de esta mujer me anima i cambia mi espíritu! Estaba ella con

su amiga Rosa i un señor que las acompañaba, con quien Alfonso no simpatizó, porque tal vez el aguijon de los celos ya empezaba a punzarle. La conversacion fué mui animada: Rosita se dirijió a él i le preguntó:

—Señor Martínez, dicen que usted es casado, es verdad?

—Señorita, es mi segundo apellido; servidor de usted.

Si no hubiera sido *cachaco* Martínez, se habria corrido con esta pregunta imprudente; pero la contestacion tan graciosa, i dada con tanta serenidad, dejó a Teresa convencida de que era soltero.

Se aumentaba cada dia mas en Alfonso la pasion por Teresa. Escribia mui pocas veces a Laura, i esta notaba en sus cartas cierta frialdad. Por lo regular se reducian a aconsejarla que pasease i se divirtiese, para lo cual le daba toda libertad. Esto es de mal agüero, decian las amigas de Laura, cuando esta les contaba los consejos de su esposo. Decian entre sí que Alfonso era como el médico, que cuando quiere librarse del enfermo para que no lo moleste, le receta que varíe de temperatura. Pero la pobre Laura, fuese por sencillez o por bondad, se conformaba con sus cartas, miéntras que Alfonso gozaba en Lima en compañía de Teresa cuanto le era posible, i asistia a bailes, conciertos, teatro, siempre ocultando que era casado: así era que continuamente andaba cuidadoso, por temor de que fueran a darle la noticia.

Un dia recibió de Laura la siguiente carta:

"Popayan, abril de 18..

"Amado Alfonso:

"Me aflije mucho tu silencio, porque me parece que estás enfermo i sufres. Hoi te escribo esta, por darte la agradable noticia de que tienes una hija, que es un vínculo mas para nuestro amor. Nació el 1.º de abril, es linda como un ánjel i se le ha dado por nombre Dolores Elisa, pero yo la dejo con el de Dolores porque se la ofrecí a la Vírjen. Tambien te

doi una triste noticia, la de la muerte de nuestra tia Teresa, acaecida hace quince dias. No puedes figurarte cuánto hicimos por salvarle la vida, pero fué imposible: una pulmonía fuerte se la llevó a la tumba. Es necesario que no te aflijas. Así convendria, pues estaba mui anciana. Aunque tú me dices que pasee i me divierta, es imposible, porque desde que tú te fuiste huyeron las sonrisas de mis labios i el placer de mi corazon. Si tuviera la desgracia de no volverte a ver, no podria resistir esta pena. Ahora voi a consagrarme enteramente a la crianza de nuestra hija, para que cuando vengas encuentres grande i robusta a tu Dolores. Mi madre sigue viviendo conmigo. A la Hélida no he vuelto, ni quiero volver mas, porque tu recuerdo me sirve de tormento. No te olvides de tu desgraciada esposa. Escríbeme, que tus cartas son el único alivio en mi tristeza.—Siempre tu LAURA."

La lectura de esta carta fué terrible para Alfonso: la ternura de su esposa, el nacimiento de su hija, todo lo conmovia: la muerte de su tia lo aflijió, i la pasion que tenia por Teresa, todo esto hizo una revolucion horrible en su imajinacion. "Ai! Dios grande, Dios de mis padres! Te pido valor para salir de esta dura prueba," decia desesperado algunas veces, pues conocia lo mal que obraba i que su conducta no era leal. "Voi a tomar una resolucion, esclamaba otras veces, i es huir; no vuelvo mas a ver a Teresa." Pero ya era tarde: ya no podia arrancar ese afecto que ella habia sabido grabar tan bien en su corazon. Dejó de ir a visitarla. Pero notando Alfredo la tristeza de Alfonso, procuró distraerlo por todos los medios posibles. Una noche lo invitó para que fueran a la ópera, i este aceptó. Al entrar al teatro, lo primero que se le presentó fue Teresa, bella i amable como siempre; i reviviéndose en su alma la antigua llama, así como los celos al verla rodeada de tantos admiradores, olvidó sus propósitos, i dejándose vencer de la pasion, subió al palco donde ella estaba.

—¿Qué tiene usted, Martínez, le preguntó Teresa con dulzura, que está tan pensativo i triste?

—Señora, he estado mui malo, con una fiebre horrible, i usted no se ha acordado de mandarme un saludo.

—Sí, Martínez, he mandado varias veces un criado, i ha encontrado la puerta cerrada.

—Gracias, Teresa.

Pero ahora sí volverá usted a casa, no es verdad?

—Sí, señora, pues usted bien sabe que cuando soi feliz es cuando estoi a su lado.

—Gracias, Martínez. Usted me proporciona siempre un agradable rato.

Se acabó la ópera, i fué a llevar a Teresa a su casa. Las reconvenciones fueron fuertes de parte de ella: lo acusó de ingrato. No fueron ménos los perdones de Alfonso, prosternado de hinojos ante su ídolo. Se retiró a su casa, rompió la carta que le habia escrito su esposa, temiendo fuera a descubrirla Teresa; porque a Laura ya no la queria, se habia borrado completamente el afecto que le tenia: comparaba la diferencia que habia entre las dos, i le parecia mejor la limeña, porque estaba presente, i porque los hombres son tan variables como los niños. Cuando Teresa se sentaba al piano i cantaba, su acento vibraba tan dulcemente que lo trasportaba a la mansion celestial: era graciosa en sus chistes,i así fué imposible para Alfonso olvidar a una mujer que le hacia la vida tan agradable. Por fin le manifestó su amor i sus intenciones. Teresa tenia buen manejo i su relijion bien cimentada; era católica, no tenia la mas pequeña sospecha de que Alfonso fuera casado, porque en ese caso lo hubiera despedido de su casa; así es que no debemos culparla.

Un dia le dijo Alfonso:

—Teresa, la amo mucho i quiero ser su esposo; usted me acepta?

—Sí, Alfonso, porque nuestro afecto debe tener ese fin, i yo no podria corresponder de otra manera, tanto por conciencia como por respeto a la sociedad i a las cenizas de Wills.

Esta contestacion le hizo formar mui buena idea de ella, porque el hombre, aunque sea un malvado, ama i respeta la virtud. Bien, pues, quedó todo arreglado i citaron dia, que fué mui pronto: un sacerdote católico se la dió por esposa. Al dia siguiente le dijo a Teresa:

—Tenemos que abandonar a Lima, porque un negocio importante me llama a Europa; arregle todo.

Ella no puso obstáculo, porque ademas de que lo amaba, era obediente en todo.

La víspera del viaje recibió de Laura la carta siguiente:

"Querido Alfonso:

"No puedo soportar tu silencio: multitud de cartas te he escrito, i no he recibido ninguna tuya, i esto me tiene con cuidado. Ya me parece que es que me has olvidado: ya que sufres i me lo ocultas por no disgustarme. Así es que mi vida es mui triste: la incertidumbre en que estoi, tu ausencia, ai! no quisiera hablarte de esto! se ofusca mi imajinacion i se me cae la pluma cuando recuerdo que perdí mi esposo, i tal vez para siempre; porque tu indiferencia me lo dice. Recuerda, Alfonso, los juramentos que me hiciste de tu amor; recuerda que te entregué mi corazon vírjen, que mi primer amor fué el tuyo; recuerda la fe que me juraste ante Dios. No olvides que tienes una hija moribunda ya ------ Pero tenemos que conformarnos con la voluntad de Dios! No te escribo mas largo por no separarme de ella. Esta es mi última carta; si no me la contestas, será la prueba de que no me amas, i en tal caso, víctima de tu ingratitud, no podré sobrevivir a esta pena--pero tambien, sábelo, ingrato, mi sombra te perseguirá, i será la compañera de tu vida la imájen de

LAURA."

Esta carta hizo tanta impresion en Martínez como todas las de su esposa; pero ya no habia remedio, ya estaba consumado el crímen! Sinembargo, la maldicion de Laura se cumplió, porque el remordimiento es el peor castigo. Por todas partes arrastraba esa cadena. Su sueño era turbado por la imájen de Laura: ora la miraba triste suplicante: ora sañuda i maldiciente. El dedo de Dios estaba sobre él, el torcedor de la conciencia no lo dejaba tranquilo; se despertaba asustado, la voz de la naturaleza lo llamaba, oía el quejido i el llanto de su hija, la veía espirante en el regazo de su madre.

—Qué tienes, Alfonso? le solia preguntar Teresa.

—Estoi malo, le contestaba.

Llegaron por fin a Paris, que fué el lugar que él elijió; les encantó esta ciudad, i despues de visitar los espectáculos públicos, teatros, jardines, exhibiciones, boulevards, Campos Elíseos i establecimientos manufactureros, admiraron los palacios, la industria de los franceses, el órden i buen gobierno: todo lo observaban con cuidado, como es natural, i mas siendo americanos, pues nuestros paises están tan atrasados, que nos sorprende todo lo de las naciones civilizadas. Los que no salimos de este rincon del mundo, nos contentamos con oir las relaciones ciertas o falsas de algunos de nuestros paisanos que viajan....

Siguieron nuestros viajeros viviendo en Paris: Teresa era comunicativa i amable, como hemos dicho: así fué que en el acto formó circulo de amigos i amigas, a lo cual no se rehusaban, pues ántes la buscaban, tanto por su talento, como porque su riqueza le daba una brillante posicion, que es la primera cualidad en el mundo, i mucho mas para los franceses. Bien pronto se disgustó Alfonso con el carácter de estos, superficial i zalamero.

Dejaron a Paris, i marcharon a Inglaterra. No les sorprendieron ménos sus palacios i establecimientos, aunque les

pareció triste su cielo nebuloso, i sus habitantes en completa armonía con su pais. Pero permanecieron en él poco tiempo i salieron, porque allí es contajioso el espleen de sus hijos, allí las mujeres son estatuas de nieve, i los hombres de hueso. Vamos, se dijeron, a la Italia pintoresca i risueña a buscar bajo su lindo cielo la música, que se halla hasta en su idioma; vamos a buscar la poesía.

Siguieron a Roma, admiraron sus majestuosos templos, sus antigüedades i sus mil maravillas; contemplaron la magnífica basílica de San Pedro: visitaron las estaciones, monumentos i catacumbas. Siguieron a Nápoles, i vieron su grandioso Vesubio. De Nápoles pasaron a Venecia, que le gustó poco a Alfonso, aunque es una ciudad bellísima i lo mas particular, porque está construida sobre varias islas; pero le pareció triste i su aspecto melancólico, i el huia siempre de lo triste, aunque jamas estaba contento. De allí pasaron a Florencia.

—Aquí viviremos gustosos, decia Teresa. Qué lindo! qué alegre! Mira sus edificios, sus fuentes públicas....ah! esto es poético!

—Bien, nos quedaremos aquí.

Allí se perfeccionó ella en el canto i la música, llegando a ser una cantatriz de primer órden: igualmente aprendieron el idioma con perfeccion. A poco tiempo fué madre, dando a luz un niño, a quien pusieron por nombre Edmundo. Alfonso lo amaba con ternura i le prodigaba todos sus cuidados.

Así se pasaron diez años, siendo Edmundo el objeto de sus caricias i ternura.

Una noche tuvo Alfonso un sueño con Laura. Se le figuró que la veía en una casa de paja de aspecto triste, i que estaba moribunda en una cama, i que con la agonía mas horrible lo reconvenia por su ingratitud. Con estas fatigas se despertó asustado, i vió un bulto con vestido blanco vaporoso que se acercó a su cama i le oprimió la mano con la suya enjuta i

calenturienta, i oyó la voz de Laura que le dijo: ADIOS!.... i desapareció. Poseido de terror dió un grito, el cual despertó a Teresa.

—Qué tienes, Alfonso? le preguntó.

—Una pesadilla horrible, sueños espantosos que me persiguen....

Desde entónces no volvió a soñarse mas con Laura. A poco tiempo se enfermó Teresa de una tísis pulmonar, i no valieron médicos, medicamentos, ni temperamento: cuanto pudo hizo Alfonso por salvar la vida de su esposa, pero ella murió con todos los ausilios espirituales; pues, como hemos dicho, era católica. Debemos creer que ella se salvó, porque sus costumbres eran puras, i siempre vivió persuadida de que estaba lejítimamente casada.

Es inútil describir la pena de Alfonso i el desengaño que tuvo de su infamia: se quedó solo en el mundo, que era un infierno para él. Volvió su corazon a Dios, porque este es el último i único consuelo de los malos en su desgracia. Fué tanta su melancolía i abatimiento, que no pudo resistir: dejó a Edmundo en uno de los mejores colejios de Florencia, i resolvió hacer un viaje a Oriente, a la Tierra Santa, en compañía de un peregrino italiano, pues de la afluencia de peregrinos allí, la mayor parte son italianos, alemanes, españoles i franceses.

Estuvo en Constantinopla i pasó al Ejipto, despues a Siria. Llegó a Jerusalen, teatro de terribles acontecimientos, en donde se consumó la obra de nuestra redencion: en donde entregó la vida el Hijo de Dios, pendiente de la cruz: estuvo en el Gólgota, donde Jesus exhaló el último suspiro, ofreciéndole a su Padre la muerte por salvar al hombre ingrato. ¡Cuán grande es la bondad de Dios! Visitó el monte de las Olivas, donde oró Jesus; se postró ante el santo sepulcro, i admiró la magnificencia i solemnidad del templo, el fulgor de sus lámparas de oro i plata, la suavidad de los esquisitos aromas traidos de la Arabia, que se queman en braseros delante del sepulcro. Todo hizo grande impresion en el corazon de Alfonso; pues es cierto que por mucho que se corrompa un hombre, las primeras ideas que se le imprimen en la infancia nunca se borran. La educacion de Alfonso habia sido mui relijiosa, i arrepentido allí de sus estravíos, le pidió a Dios perdon, i que le volviera la tranquilidad del alma. Fué despues a Belen, donde adoró el establo en que nació Jesus, i en fin visitó todos los lugares santos. Cuando conoció bien todo i concluyó su viaje, se volvió a Florencia: permaneció allí algunos años hasta que se educó Edmundo. Su vida cambió un poco, fueron sus costumbres mas puras; i cuando su hijo hubo concluido sus estudios, se volvieron juntos a Lima. Dejémoslo allí, i trasladémonos a Popayan.

VI.

No pudiendo soportar Laura tantas desgracias, el fallecimiento de su madre, el olvido de su esposo, que lo suponia muerto, porque en tanto tiempo no habia tenido noticias de él, se vió tan pobre que tuvo que retirarse a un pueblo en donde pudiese trabajar; pues aunque tenia parientes ricos, estos no hacen caso de los pobres; ni aun sus mismas amigas la miraban: ¡mas es el horror que infunde el pobre, que el elefanciaco! La que en otro tiempo les parecia linda i buena, ahora era fea i sin mérito. Las mojigatas hipócritas mostraban compadecerla, i las despreocupadas la herian. Así fué desengañándose la pobre Laura de la sociedad, i fué a pasar la vida entre la jente sencilla, donde no hai hiel en el corazon, de esa hiel que nos hacen gustar en la copa de oro; i se llevó a su hija, que era su consuelo, i que estaba ya grande i graciosa.

Laura se distraía con la vista pintoresca del camino, con la variedad de objetos, con la belleza de las flores de mayo, aunque la vejetacion de tierra fria no es tan variada ni alegre. Llegó a Ambaló: le gustó mucho la amenidad de sus campos; la hacienda, regada de aguas puras, con baños artificiales i jardines, le pareció mui bonita. No le gustó ménos Miraflores. Llegó a Silvia, que era a donde iba: es una poblacion pequeña; allí hai varias familias buenas; bañan el pueblo dos caudalosos rios, que son, Piendamó i la quebrada de Manchai; es bonito, apacible, i su temperatura agradable; lo rodean montañas en donde habitan los indios. Mui contenta i tranquila vivió allí Laura al lado de Elisa, jentil i risueña.

Como la flor que en el desierto crece,
Cuyo perfume su corola exhala,
A quien el aura cariñosa mece,
Sin atreverse acaso a marchitarla.

Le hacia mucha gracia a Elisa el domingo, dia de mercado, ver venir a los indios de las montañas con sus *chircates* de lana fina que ellos mismos tejen, figurando unos camisa i otros calzones, otros con que se cobijan, i su montera de paño azul con ribete colorado; i las indias el pecho lleno de granates, conchas, medallas, con zarcillos de plata grandes en figura de ganchos de romana, i pendiente de ellos una cinta rosada. No le causaba ménos horror el verlos despedazarse a puñetazos hasta que brotaban sangre, cuando se embriagaban; i no entendiendo su lengua, no sabia el motivo de sus disputas.

—Mamá, preguntaba a Laura, por qué se pegan tanto estos indios estúpidos?

—Hija, por caprichos, como se matan los hombres en las guerras, con la diferencia de que ellos están ebrios.

Elisa iba a sus casitas a imponerse de todo, pues era, como todas las mujeres, mui curiosa; i se complacia en verlos

tomar la chicha, que llaman *chaguasga*, la que preparan mascando el maiz entre todos los de la casa i los visitantes, lo echan en una olla, i cuando hai el suficiente, le ponen miel i agua, lo ciernen i lo dejan fermentar.

Un dia que un indio le pegaba a su mujer, se interpuso para defenderla, por lo que la india se enojó i le dijo: "porque marido quiere porria."

Así pasaba Elisa una vida inocente i feliz, hasta que se enfermó su madre. Aunque al principio no era alarmante el mal, ella le aplicaba los remedios que le recetaban las jentes del campo; pero un dia que la vieron personas entendidas de ese lugar, enviaron a buscar un médico a Popayan, el que, viendo a la enferma, declaró que no tenia remedio, porque era crecimiento en el corazon.

VII.

El dia estaba triste, el cielo velado por pardas nubes, los truenos se oian sordos i retumbantes, el viento mujia i mecia las copas de los árboles, el canto de los gallos, el arrullo de la tórtola, todo presajiaba un funesto acontecimiento en la casa de Laura. Elisa, arrodillada al pié de la cama de su madre, oraba por su salud, i la prodigaba todos los cuidados que su ternura filial le inspiraba.

—Ven acá, Elisa, le dijo Laura cariñosa: acércate, recibe mi bendicion, i escucha mis últimos consejos.... I tomó sus manos entre las suyas... Hija mia, voi a entregar mi espíritu al Creador, porque a él le pertenece: para morir contenta, quiero que me prometas cumplir mi última voluntad.

—Sí, mi adorada madre, contestó ella.....i los sollozos le ahogaron estas palabras.

—No te aflijas, hija mia, que pronto nos veremos en el cielo, siempre que seas justa i no ofendas al Señor tu Dios. El pudor, la modestia i la humildad son las virtudes mas recomendables en una mujer. No atiendas a ningun hombre cuando trate de corromper tu corazon: guarda el tesoro de la inocencia contra los seductores, i si desgraciadamente hallares alguno, díle que prefieres la muerte al pecado i a la deshonra; ese hombre te aborrece, puesto que quiere manchar tu reputacion: huye de él como de una víbora. Sabes que la mujer es como el cristal, que el mas lijero soplo lo empaña: tú conoces ya todos los peligros de que está rodeada la inocencia para que los temas: pídele a tu ánjel de guarda te libre de ellos. No olvides la devocion de María, para que por su pureza virjinal te conserve la tuya de alma i cuerpo. No olvides que yo he sido combatida por las desgracias i por los infortunios, i he conservado la pureza de mi alma; por esto hoi muero tranquila, sin ningun remordimiento. Si alguna vez conoces a tu padre, díle que lo perdono; respétalo i ámalo, i no le enrostres la falta de sus caricias, que eso no es de una alma noble. Si se te presentare un hombre honrado que quiera unir su suerte con la tuya, puedes hacerlo siempre que conozcas bien su moralidad i sus principios relijiosos, porque tú sabes que el único freno que tiene el hombre es la relijion. Sé buena i casta esposa, sufrida, económica i trabajadora; confórmate con las circunstancias de tu esposo; nunca le exijas cosas que no pueda darte, ni lo molestes con celos; no hai cosa mas degradante que esto en una mujer, pues desciende de su posicion, i mucho mas si los celos carecen de motivo. ¡Cuántas veces las apariencias condenan! Si tu marido te da libertad, usa de ella con dignidad; i si es celoso, no recibas hombres en tu casa. Huye de las malas amigas, de esas que dan el beso de Júdas.

Elisa recibió llorosa i humilde estos últimos consejos de su

madre, i prometió guardarlos. Pero su corazon quedó traspasado de dolor, cuando aquella, despues de haber recibido todos los sacramentos i los postreros auxilios de la Relijion, espiró en sus brazos.....

Es inesplicable la pena que sintió Elisa, i cuánto la abatió este terrible golpe, pues quedaba enteramente sola en el mundo. Por fortuna, una persona jenerosa i caritativa, la esposa del señor Sántos, se la llevó a su casa.

Tal fué tu suerte, niña, en este suelo,
Pobre, i en orfandad desde la cuna,
Porque tu madre fué llamada al cielo,
Dejándote en eterna desventura.

No tenia Elisa mas consuelo que ir al cementerio a sembrar flores en derredor de la tumba de su madre, i rezar las oraciones que ella le habia enseñado. Parecia un ánjel al pié de la tumba maternal.

A poco tiempo la reclamó de Popayan una tia para educarla, i se fué llena de gratitud para con sus amigas, repartiendo sus juguetes entre ellas; i estas no sintieron ménos su separacion, porque era tan buena i amable. La despedida fué mui triste, tanto mas cuanto que dejaba los restos de lo que le era mas querido, su madre. Sorprendió a todos en Popayan la belleza de esta niña. La tia era una señora anciana, i tenia un carácter tan áspero e imprudente, que tuvo mucho que sufrir Elisa a su lado.

Una de las cosas que mas le gustaron a Elisa en esta ciudad fué la fiesta de Reyes, porque todo lo representan a lo vivo: los reyes vestidos de terciopelo con coronas adornadas de piedras preciosas, montan en mui buenos caballos; figuran una nube de jénero blanco i un niño adentro que representa el ánjel: el equipaje de los reyes es magnífico. Despues de la relacion de Heródes, van los reyes a Belen a adorar al niño. La vista de la subida es bellísima, pues como hemos dicho,

el pueblo viste de colores, i forma un matiz que parece un enjambre de mariposas. Allá en la cima tienen las venteras toldos con provisiones de helados, salpicon i colaciones: la concurrencia es numerosa i el lujo asiático.

Cuando ya Elisa estuvo educada, la tia Manuela se la llevó al valle del Cauca. Aunque el camino es largo de allí hasta Santander, ella iba divertida viendo las plataneras i las esbeltas palmas, pero le hacian impresion los abrasantes soles. A los dos dias de marcha llegaron nuestras viajeras a Santander, que es una poblacion mui bonita, donde hai una sociedad buena. En los alrededores de la ciudad hai minas de oro que las trabajan los negros, raza que abunda mucho allí. Los hombres visten ruana i calzon, i las negras, bayeta chingada i montera como los indios de Silvia. Los domingos vienen todos al mercado: los de las haciendas con frutas, i los de las minas con su oro envuelto en trapos.

Llegan a las tiendas de los comerciantes, los cuales los esperan con ansia, atisbando que no vayan a entrar donde el vecino, i cuando llegan, ya están preparados en el mostrador la piedra i el iman para sacarle la arenilla de que viene cubierto. Son curiosos los siguientes diálogos que suelen pasar:

—Mi amo, cambia un urito?

I este mui desdeñoso:

—A cómo lo das?

—A veinte, mi amo.

—Bueno.

I se lo saca de entre el cabello i lo echa entre el pesito.

—No lo limpie, mi amo.

—Pues no le ves que está tan sucio?

—Póngale mediu peso.

Pero si se descuida el blanco, tambien le hacen la pilatuna de quitarle a la pesa de plomo un pedacito, o untarle barro al peso por debajo.....

En fin, Elisa se paseó mui contenta: le encantó la confianza de la jente. Siguieron para Palmira i Buga: el tiempo estaba bellísimo, el cielo encantador: el sol doraba con sus ardientes rayos los risueños prados, que eran templados por los suaves i perfumados céfiros.

El Valle del Cauca queda encajonado al pié de azuladas cordilleras, está cubierto de bellos i poéticos poblados, lindas haciendas, de una corpulenta vejetacion, i bañado por caudalosos rios, riachuelos i murmurantes cascadas. Allí se eleva la esbelta palma de coco, coronada con su fruto; allí los hermosos madroños, mangos i caimitos ofrecen al viajero sombra para refrescarse. Se ven por todas partes flores silvestres bellísimas, cuyo perfume embriaga el alma: el gorjeo de los pájaros deleita, i ademas hai muchos establecimientos, plataneras, cacaotales i abundante ganado entre sus montañas vírjenes, en cuyo fecundo seno se encuentra la riqueza, como el canelo, vainilla, estoraque i muchas otras cosas. Elisa admiraba la creacion i a Dios por sus obras. Dios mio, decia, ¿cómo es posible que haya personas que no conozcan i confiesen tu grandeza i bondad, cuando todo lo que existe en los cielos i en la tierra es obra tuya? ¿Quién hizo al hombre? quién la corpulenta encina? quién los collados i los valles? quién el mar i sus peces? quién el reptil i la fiera? I repetia este verso de un poeta de su pais:

Por tí se escucha susurrar el viento,
Se oye tambien la tempestad bramar;
Por tí retumba el sonoroso trueno
I el rayo que se ve reverberar.

—Tia, dijo Elisa, yo quisiera entrar a una de estas haciendas para conocerla, porque soi mui curiosa.... Así fué que entraron por el centro de una alameda con cercos de guaduas tejidas: la corraleja a un lado, donde estaban herrando las bestias, i la del ganado al otro. Las recibieron unos jóvenes de buena presencia, montados en buenos caballos, en el acto

que las vieron se desmontaron i se dirijieron a ellas saludándolas i tratándolas con mucha atencion; las condujeron a la casa donde estaban su madre i hermanas. Eran estas unas señoritas mui apreciables; pues aunque la tia iba montada en un sillon con su manta de hilo, a la usanza antigua, no la recibieron mal, porque sabian que era una señora, i que el hábito no hace al monje. Las obsequiaron con buena leche, plátano asado, melado i cuajada. La casa era grande, amueblada con escaños i sillas, i adornada con láminas; el comedor a la orilla de un hermoso baño: al frente una plazuela rodeada por las casitas de los negros, trapiche i una capilla. Las llevaron a conocer el trapiche, en el que hallaron multitud de negros i negras moliendo con un alboroto que aturdia; ya no jemian al monótono ruido de la cadena, ni al triste crujido del mayal; ahora orgullosos cantaban himnos improvisados a la libertad... Cuando estuvieron solas, le decia Elisa: tia, dónde están esas cadenas con que atormentaban a los pobres esclavos? Eso se acabó, hija; ántes ya es lo contrario: ellos tratan mal a los amos. No los miras tan altaneros que ya no dicen *su merced* sino *su persona?* ¿I no atendiste cuando llamó a una negra la señorita Ambrosia para que fuera a la cocina, i ella le contestó que andaba en la misma dilijencia, buscando quien le cocinara?

A instancias de esta amable familia se quedaron allí aquella noche, pero la pasaron mui mala por los zancudos que abundaban, pues no se sabe qué es peor en estos animales, si el zumbido o el piquete: al dia siguiente se prepararon para marchar.

—I estas ramadas, qué significan? preguntaba Elisa.

—Son los caneyes para preparar el tabaco.

—¿I esos muchachos, qué es lo que tuercen en las rodillas?

—Es el tabaco.

—¿I eso es lo que fuman con tanto gusto las personas asquerosas?

—¿Qué tiene de particular? ¿No observaste en el trapiche cómo sacaban cosas mas repugnantes en la canoa de la miel? ¿I a tí no te gusta el dulce?

—Pero esta es necesidad, i aquel es vicio.

—Pero los vicios tambien se hacen necesidad.

—Qué poblacion es esta?

—Palmira.

—Ah! qué concurso! parece ser lugar de mucho comercio. ¿Cómo se llaman estas señoras que nos saludan tan amables?

—Son las señoras B----

—I ya la conocian a usted?

—Sí, Elisa, hace muchos años.

—¿I todavía la recuerdan?

—Sí, hija: la jente del Cauca nunca olvida a sus amigas.

—Eso es raro, yendo usted tan mal vestida i estando ellas en su pais.

Mas adelante encontraron otra familia.

—Quiénes son?

—B---- tambien.

—Segun eso, todos los habitantes de aquí tienen el mismo apellido.

—Sí, Elisa, porque hubo una señora que tuvo veinte hijos, i por supuesto la familia es larga. Por otra parte, en el Cauca es costumbre vivir en las haciendas, i los domingos salen las familias al mercado i a misa al lugar. Así es que si estuviéramos ese dia aquí, conocerias mucha mas jente.

Estuvieron en Buga, en donde mui poco vieron, porque permanecieron poco tiempo; sinembargo, la jente les pareció mui distinguida i los dulces esquisitos. Siguieron a Tuluá i Buga-la-grande. Contemplaban extasiadas ese Eden, sus diáfanos rios, cuyas aguas da lástima verlas correr, como por temor de

perderlas de vista a nivel de su verde tapiz. Tambien entraron nuestras viajeras a una bellísima posesion, allí donde serpentea el arroyuelo acompañado del canto del turpial i el toche, donde el sol ostenta su fulgor divino, dando animacion i vida a sus habitantes.

—Oh! qué bello es este sitio, amada tia!

—Sí, aquí estuvimos en otro tiempo con tu madre, i ella lo llamaba "El Retiro," i bajo esa ceiba nos sentábamos.

—Sí? tia mia, pues hoi es mas grato para mi corazon este lugar.....

—¿No recuerdas los versos que tu madre compuso a "El Retiro?"

—Ah; sí, los tengo grabados en la memoria. Oigalos U:

Tierra de mis recuerdos,
Bello Retiro,
Que guardas las memorias
Por quien suspiro:

Dáme tus cantos, dáme tus sombras,
Tus odorantes, verdes alfombras,
I de tus aguas el murmurar,
Tus ceibos altos, tus ruiseñores,
Tus misteriosos dulces amores,
Pues tus bellezas quiero cantar.

Ensalzar complacida
Yo tus encantos
Quisiera con mis sollozos
I con mis llantos;

Mas ¿qué pudiera decir mi acento
Si solo un ave con su contento
Llena tu valle de inspiracion?
Ella me dijo bajo la sombra
De un alta ceiba, sobre tu alfombra
Cuanto ha sentido mi corazon....

Llegaron a Cali, ciudad bellísima por su posicion, e importante por su comercio, i que tiene la ventaja de su inmediacion al puerto de la Buenaventura. Se aproximaba el San Juan, i esta fiesta, en todas partes grande, es mucho mas en el Cauca en que por todas partes se respira placer.

VIII.

Al pié de los cerros de Monserrate i de Guadalupe está Bogotá. Grande i majestuosa es la ciudad de Gonzalo Jiménez de Quesada: adornada con su espléndida i rica sabana; edificios, templos, torres, todo hace de Bogotá un pais delicioso. Es allí a donde vamos a llevar al lector, a que conozca la casa del señor Antonio Ibáñez en la calle de *Florian*. Un gabinete de cristales blancos, i cuatro balcones con tazas de flores que dan a la calle. En el interior, el patio principal claustreado, con un hermoso jardin, en el que se encuentran rosas de todas clases, comenzando desde la monstruo, camelia, guayaba, güisquila, hasta las de miniatura, i adornado con lámparas de zulia i primavera. Un salon ricamente amueblado, con magnificas alfombras, espejos de cuerpo entero, consolas i candelabros. No está ménos adornado el cuarto del piano, en donde se halla la señorita María, sentada, con sus lindas manos sobre el teclado, acompañando su dulce voz, i cantando una aria de la Lucía. Apénas tiene trece años; su talle inclinado sobre el piano es esbelto, i con su bonito pié sujeta el pedal. Tiene bellos ojos azules, sombreados por negras pestañas, que dan mayor encanto a su rostro color de aurora. En la alcoba estaba su madre con Enrique su hermano.

—¿Vamos por fin a Fusagasugá? le preguntaba Enrique.

—Quién sabe, hijo: tu padre está escaso de dinero, i dice que iremos mas bien a Chapinero, donde hai ménos gastos.

—Linda gracia, por cierto ! salir a pasar el verano a las goteras de Bogotá ! Esto es horrible, retrógrado, inconstitucional, matador; cuando todas las familias aristocráticas se han ido a Fusagasugá este año.

—Deja que venga tu padre, i le preguntaré si consiguió por fin la quinta de la Merced.

A la sazon entró don Antonio.

—De que se trata, Rafaela ?

—De si vamos a Fusagasugá o no.

—Hija, no se encuentra quinta: todas están ya pedidas: mejor es que vamos a Chapinero.

—Ai ! no, no, Antonio, porque tú sabes que para los nervios, que es mi enfermedad, no me sienta ese temperamento, i es preferible estarnos aquí; no es verdad, Enrique ?

—Así es, mamá: primero está su salud que todo en la vida.

—Gracias, mi hijo.

El pobre don Antonio, con mil trabajos consiguió una mala casa en Fusagasugá, por darle gusto a su esposa, i ésta a Enrique, i segun éste, a su madre. Pocos dias despues estaba la casa llena de caballos i mulas, i Enrique loco de gusto por llegar pronto al lugar. Muchos trabajos se pasan en estos paseos, pues se cambian los palacios i las mullidas camas por unas tristes e incómodas casas i tal vez por *cujas* desaseadas, como le sucedió a Demóstenes, el héroe de Eujenio Diaz, en la posada de "Mal-Abrigo." Pero cuando se trata de complacer a los hijos, se arrostran todos los obstáculos. Así pasó a don Antonio i a su señora, quienes despues de un mal camino llegaron a una casa incómoda, en la que pasaron una noche horrible, pues al entrar María a la alcoba vió un lagarto i dió un grito espantoso: – ai ! papá ! papá ! me muero ! un culebron !.... i se accidentó.

La poblacion de Fusagasugá es triste, aunque sus campos son lindos i risueños, como en todo clima cálido. El mercado es

abundante, hai ricas frutas, un baño esquisito i mucha concurrencia, pero cuando salen allí las señoras, son esclavas de las exijencias de la corte. Reina la etiqueta i el lujo: corsé, botin de tacon, i todos estos sacrificios consagrados a tiranizar sus cuerpos. María encontró allí algunas de sus amigas, a quienes abrazó con placer.

—Ai ! chinita, no creia encontrarte aquí.

—Ni a tí tampoco, china.... I no se cansaban de conversar i de hacerse requiebros.

En tanto se preparaba Enrique para ir a hacer una visita a una antigua relacion que habia adquirido desde su niñez en el mismo Fusagasugá. I como los hombres no son siempre variables, era natural que la primera dilijencia de Enrique fuera esta. No mui léjos del rio Cuja vivia Leonilde, única hija del señor Villamil, cuya quinta, aunque pobre, era bonita por el aseo, que es el mejor adorno. Tenia muchas flores de las semillas i *pieses* que le mandaba Enrique de Bogotá. Su casita, aunque de paja, estaba adornada con lámparas de zulia, i en la sala se veian clavados en la pared los dibujos del principiante Enrique, cuyo nombre tenian al pié: todo este ajuar lo acababan de completar unos taburetes i unas mesitas.

El crepúsculo de la tarde estaba encantador, formando matices de varios colores en el lindo cielo. Leonilde se ocupaba en componer sus flores; vestia con sencillez; tenia en la cabeza una corrosquita arriscada de un lado; estaba ajitada por el calor de la tarde, i su rostro medio humedecido por la trasjiracion, como una flor empapada por el rocío. Enrique entró en silencio, i se estuvo contemplando un rato aquella mujer tan linda, pues era increible cuánto habia variado en tres años, i los quince le habian dado un baño celestial. El abrazo que se dieron fué inefable.

—Enrique, creí que te habias olvidado ya de mí.

—Oh! nunca, Leonilde, jamas: bien te he manifestado mi afecto; siempre te he escrito; hoi te miro tan bella!

Siguieron conversando, i Enrique le dijo: voi a probarte que no me he olvidado de tí: oye los versos que para tí compuse:

Como la flor que ostenta en la pradera
Con su matiz belleza virjinal,
Cuyo cáliz exhala en primavera
Suave perfume, esencia matinal.

Como a su seno báñalo el rocío
Pura i jentil, hermosa al despertar,
I la refresca en el calmoso estío,
I torna a refrescarla sin cesar.

Tal eres tú, mujer encantadora,
Pura como la flor en la mañana
Cuando a la luz rosada de la aurora
Su seno tiñe en purpurina grana.

—O! qué bella composicion! con que ya eres poeta?

—¿No sabes, Leonilde, que de médico, poeta i loco, cada cual tiene su poco? A mas de esto, ¿a quién no le inspira tu belleza? Por supuesto que tendrás muchos adoradores, no es verdad?

—No, Enrique, yo no hago caso de nadie; mi padre me ha dicho que me guarde mucho de los hombres.

—¿I de mí tambien, Leonilde?

—Por supuesto, porque tambien lo eres.

—¿I tendré que retirarme de tu casa?

—Por cierto que sí, porque las órdenes de un padre son mui sagradas.

—Es decir que no me amas?

—Sí, porque el corazon no se puede sujetar, i mi afecto es inocente, porque se despertó en la infancia....

En esto entró el señor Villamil, i viendo al jóven dijo a su hija en tono grave:

—Con quién conversas, Leonilde?

—Papá, con Enrique Ibáñez.

—Qué tal, señor Villamil: ya usted no me conoce?

—Sí, caballero, i lo aprecio a usted mucho; pero no quiero que usted visite a Leonilde.

—¿Por qué motivo, si mi amor es puro? si la quiero por esposa i para la compañera de mi vida?

—Esas son conversaciones, don Enrique; cómo habia de casarse usted con una pobre, siendo de la aristocracia? Si lo supiera su familia, lo tendria a mal.

—Eso no, señor Villamil, pues no tiene por qué oponerse; i Leonilde es mejor que todas las mujeres.

—Eso le parece a usted porque la quiere.

—Pero suponga usted que se opongan: ¿no soi acaso libre para disponer de mi voluntad?

Pareció convencido el señor Villamil: tal vez en lo sucesivo lo ablandarian las lágrimas de su hija i las súplicas de Enrique, el cual se retiró aquel dia mui confiado. Entró a su casa un poco pensativo, pero mui amable con su madre.

Despues de algun tiempo, resolvió Enrique un dia decírselo a su padre. Don Antonio era un hombre mui adusto i respetable, pero con sus hijos era dulce.

—Padre, tengo que hablar a usted de un asunto mui importante.

—Asunto importante? No acierto cuál pueda ser.

—Sí señor: se trata nada ménos que de mi suerte. Deseo casarme.

—Casarte tú! Estás loco?

—No por cierto, papá: sé mui bien lo que hago; lo he pensado mucho.

No pudo don Antonio ocultar su enojo i su sorpresa, i procurando disimular le preguntó:

—¿I con quién piensas casarte?

Enrique vaciló un poco, pero al fin dijo:

—Con la señorita Leonilde Villamil.

María, que habia estado oyendo este diálogo, interrumpió sin poderse contener:

—Con Leonilde? con esa niña tan inferior a tí i que no vale nada?

—Cállate, María: a tí no te toca hablar; nadie te ha pedido tu parecer, ni tú eres capaz de juzgar de su merito.

Aquí se entabló una disputa, a la cual impuso silencio su padre... En vano se cansó este de hacer reflexiones a su hijo, pintándole lo descabellado de su proyecto; pero éste a nada atendió, pues por toda respuesta decia que se daria un tiro. El Sr. Ibáñez en este conflicto trató de hacer, como hacen todos los padres en estos casos, ponerles tierras de por medio, e inventó un viaje. Tenia un hermano soltero i rico en Cali, al cual se le ocurrió escribirle, contándole la historia, i diciéndole que le escribiera una carta llamándolo para que se hiciera cargo de un negocio. Así sucedió en efecto, a vuelta de correo llegó la carta de don Manuel, dirijida a su hermano, en que le decia que procurase arreglar sus asuntos i ponerse en marcha para esa, a hacerse cargo de sus negocios, pues siendo la única persona que tenia en el mundo, i deseando retirarse, queria cederle su fortuna. Al instante llamó a Enrique el señor Ibáñez, i le dijo que si queria hacerlo en su lugar, porque él no podia irse inmediatamente.

—Bien, papá, iré, contestó, pero con la condicion de que apoye mi matrimonio i me dé un capital.

—Sí, hijo, todo es para los dos, para tí i María: cuando vuelvas te casarás, o harás lo que quieras.

Mui contento se fué Enrique a contarle al señor Villamil su viaje; pero Leonilde que lo oyó, se desconsoló, i cuando estuvieron solos dijo:

—Enrique, no seas cándido: ese proyectado viaje es una treta para alejarte de aquí.

—No lo creas, Leonilde: mi padre es mui respetable para andar con esas cosas: tambien es verdad que mi tio le ha escrito varias veces sobre el mismo negocio. Por otra parte, si no es cierto, yo volveré dentro de poco tiempo; i aunque me mandaran al fin del mundo, yo no te olvidaria: en prueba de ello, te dejo, mi querida Leonilde, este anillo que tiene mi nombre sobre la plancha.

IX.

Mui triste estaba Enrique con esta separacion, en que luchaban el afecto i el interes; pero siempre marchó con la esperanza de traer un capital i casarse. Llegó el dia de la partida, i un tierno abrazo fué la despedida. Desde léjos alcanzaba a ver por entre las copas de los árboles a su encantadora Leonilde, la que le batia su pañuelo de batista, para decirle ¡adios! Iba abatido; jamas habia viajado a tierras tan lejanas: la imájen de Leonilde no se le separaba un instante, pues como hemos dicho, no tenia Enrique sino 23 años, i era su primer amor. En todas partes ponia el nombre de su adorada, sobre las mesas de los hoteles, en las cortezas de los árboles: ora sacaba un rizo de su cabellera, ora las flores ya marchitas que Leonilde le habia regalado, i las besaba con ternura.

Llegó a la Mesa: el canto de los calentanos i el sonido de los tiples le recordaban a Fusagasugá. Largos se le hacian los llanos cubiertos de piedras de Anapoima: al fin lo separó la gran cordillera, como una muralla entre él i su ídolo. Imponente le pareció el Magdalena. "Quién pudiera cantarte, Magdalena hermoso! Pero despues de haberte cantado Madiedo, nada

te puede decir mi pobre imajinacion: recíbeme en tu seno; al ménos mézclense mis lágrimas con tus aguas al recuerdo de la mujer que amo." Así iba nuestro viajero hasta que llegó al Quindío, cuyo temperamento le pareció delicioso, pero el camino mui malo. Contento se encontraba en la cúspide donde se veia un hondo abismo; en otras partes se ocultaba en un hoyo; no oia sino el canto de la pava aburrida i el murmullo de las cascadas que se precipitan en el corazon de la montaña i forman riachuelos bulliciosos: veia las elevadas palmas i árboles seculares, cuyas copas se elevan majestuosas. Ya invadia la oscuridad con sus sombras cuando llegó al Portachuelo. ¡Esto es mui lindo i poético! esclamó. Quién viviera aquí con Leonilde! Una casa nueva en vez de esta vieja, seria un punto lindo.---- Tocó a la puerta i salió una hermosa antioqueña, a la que saludó:

—Buenas tardes, madama.

—Cómo le va, señor?

—Qué tiene usted de venta?

—Peto con leche i arepa de maíz pelado.

—Como quién dice nada!

—Entre usted, señor.

—Pero yo deseo calentarme cerca del fogon.

—Siga para la cocina.

Esta estaba llena de jente: en el centro estaban asando arepas al rededor de la olla en que se cocinaba el peto... Allí pernoctó, i al otro dia mui temprano siguió su camino. Llegó a Boquía, punto que le gustó. La poblacion es pequeña, en medio de un vallesito donde hai molinos de trigo i un hermoso rio que lo baña. Llegó al alto de Cartago: – Dios mio! esclamó contemplando la hermosura de la naturaleza: este es un Eden, un panorama encantado, un paisaje bellísimo!

Queda Cartago en un valle al pié de verdes colinas: hai un hermoso rio navegable, llamado "La Vieja," cerca, i a

nivel de la ciudad, se desliza suavemente, i son tan diáfanas sus aguas, que se ve en el fondo la arena. Sus orillas de uno i otro lado están adornadas de robustas ceibas, cámbulos i písamos, que las riegan con sus flores rojas. Del otro lado hai un lago dormido, habitacion de las garzas. Tiene la ciudad de Cartago varios templos. En las colinas están los huertos, cuyos cercos tejidos de guadua figuran canastillas de frutas.---- Nuestro viajero resolvió permanecer allí algunos dias. La víspera del mercado fué a ver las embarcaciones en el rio de La Vieja. Vienen los labriegos de sus alrededores trayendo frutos para el mercado, alegres i contentos en sus balsas, tocando *capador* i flauta, como los pastores que describe Fenelon en la ciudad de Tiro. Qué lástima, esclamaba, que este paraiso tenga un clima tan mal sano, como dicen, pero nada hai completo en este mundo!..... Llegó a Cali, entró por la calle de Santa Rosa i el Vallano, i le pareció lo que ya hemos dicho anteriormente, que es una de las mejores ciudades que tiene el Cauca. El recibimiento que le hicieron en la casa fué mui bueno, como era natural, siendo el primer sobrino que conocia el señor Ibáñez. Le preguntó por su familia, i Enrique entregó las cartas i los retratos de todos sus miembros.

—Ahora sí te quedarás acompañando a tu viejo tio, no es verdad, Enrique?

—Ai! tio, me es difícil, porque tengo que llegar pronto allá, pues dejé todo le que puede tener un hombro en el mundo, mis padres i-----

Un dia amaneció Cali con una risueña mañana; el sol doraba con sus rayos las verdes colinas i las selvas; el cielo estaba azul i despejado, e invitaba a los hijos del Cauca a gozar. Por do quiera reinaba el placer. Se veian magníficos caballos para las carreras i cuadrillas, i se escuchaba el grito de ¡San Juan! por todas partes. Entraba el tumulto de jente en la plaza principal

de San Pedro. Ya se coronaba de muchachos la elevada torre: los palcos se engalanaban con bellas señoras i señoritas: los cachacos se paseaban en derredor, i, ¡San Juan! se repetia a cada instante. Música, tropel de caballos----

—Hoi sí que está triste el San Juan, le dice Salcedo a Pacheco: ahora un año murieron seis hombres en los encuentros de las carreras, se jugaron gallos, habia muchas toldas, i hoi nada, nada.

—Es que todavía es temprano i se están bañando, i por supuesto en el puente están todos los licores para obsequiar a los nadadores.

—Qué caballo montas tú, Pacheco?

—Ese oscuro de la hacienda del Bolo, que me costó doscientos pesos.

—Ese caballo es bien brioso.

—I tú cuál montas, Salcedo?

—El peceño.

Vamos a la plaza, que ya es hora del encierro.

Llegan los furiosos toros de Cañas-gordas: se oye la música, cohetes, toreadores, gritos; es el juicio, es el infierno.

—Échale la *guasca*, Pablo, al toro, porque se te va; brinca la *quincha*, i tienes que irlo a atajar a Sachamate, que es su dehesa.

—*Véla ahí!* i no ves que es de Cañas-gordas, bruto? ¡San Juan! Viva la libertad! Vamos a las toldas!----

—Ña Baldomera, pónganos ron i colacion.

—Jesus! me da miedo venderles: quién sabe cuántos muertos habrá este año.

—Ya están toreando i montando el toro: cómo brama!

Un mulato alto, con la cabeza amarrada i la ruana terciada, monta en el toro.

—A la salud de los blancos de *Cale!* esclama.

Despues de aplaudirlo, lo llaman para premiar su valor.

—Gracias, blancos, contesta el jeneroso caucano: ustedes me ofenden con eso: yo no necesito de plata------, i alza su altiva frente, i sigue jugando con el toro.

Pero dejemos la plaza de toros, i fijemos nuestras miradas en los palcos. Miéntras todos se divierten, hai un jóven que no aparta sus ojos de un palco: es Enrique Ibáñez. La belleza de Elisa atrae todas las miradas de los jóvenes, i particularmente las suyas, que parecen ser correspondidas. Oh! qué bella mujer, decia Ibáñez para sí: su pecho es un trono donde se eleva su garganta blanca como el mármol: ojos negros, sombreados por abundantes pestañas----- Su mirada penetrante le hizo sentir a Enrique una emocion inesplicable. Como estaba con varias otras personas, preguntó quién era ella.

A las seis se retiraron todos a sus casas, habiendo quedado varios muertos en la plaza de toros; por lo que decia la jente del pueblo que habian estado las fiestas buenas i alegres----¡Benditas costumbres!

X.

Vamos ahora al barrio del Vallano donde hai un baile. Las casas son pequeñas, los techos bajos i las ventanas desiguales, i la sala del baile está adornada con taburetes de guadamacil, escaños i una araña de lata en el centro con cuatro luces, i en derredor algunas candilejas. En otra pieza se prepara el refresco sobre una tosca mesa, en la que se sirven colaciones, ron de café en frascos tapados, i la esquisita aloja. La música se compone de clarinete, violin, triángulo, tambora, arpa i pandereta: se canta el bambuco al compas del *alfandoque*; las parejas son *ñapangas* delgadas, de facciones finas, unas blancas i otras morenas, con gracioso desden, vestidas de muselina con camisas bordadas i pié descalzo: bailan con primor el bambuco----

Pasemos al salon de la aristocracia. Lo adornan silletas de esterilla, consolas, sofás de cerda con resorte, i está iluminado por una araña de cristal i bombas de colores: los corredores forman una galería, i en los claros hai luces, que dejan ver un patio grande, cubierto de jazmines, enredadera, bellísimas flores rojas, i palmas de *quereme* (la planta mas aromática, i que solo en aquel lugar se da con abundancia): todas esas plantas exhalan un perfume delicioso. La noche estaba hermosa; el rocío bañaba el seno de las flores, i a la luz refuljente de la luna se dibujaban en la tierra los arbustos i los árboles. Enrique se paseaba inquieto en los corredores: ya llegaban las parejas, i cada una le parecia que era ella, pero se engañaba. Al fin entró Elisa con su tia. Inesplicable fué su placer. Estaba bella con traje blanco vaporoso; una banda azul ceñia su esbelto talle, i las flores que adornaban sus cabellos hacian de Elisa una mujer celestial. La sala estaba ocupada por lindas i elegantes parejas; i la primera que salió a bailar fué Elisa, invitada por Ibáñez. Concluida que fué la pieza, cada señorita se sentó al lado de su madre; i un rato despues salieron a pasear a la galería, cojidas todas del brazo. Ibáñez bajó al jardin para cojer flores, i formó un *bouquet* para obsequiárselo a Elisa, la que lo aceptó con mucho gusto.

—Que canten las señoritas! pidieron los cachacos.

—Convenido, que canten!

—Que canten Amalia i Elisa, dijeron otros.

Despues de súplicas e instancias tomó la guitarra Elisa, i acompañó su dulce voz, trémula de vergüenza, i resonaron los aplausos en el salon, cuando acabó su dulcísimo canto. Despues del refresco, la música enmudeció, i el baile se acabó a las dos de la mañana. Ibáñez se ofreció a acompañar a su casa a la señora Manuela, i aunque otra persona de la familia iba tambien, no lo rehusaron, i tomando del brazo a Elisa partieron adelante. Ibáñez aprovechó la ocasion para hacerle algunas preguntas a Elisa, que ésta le contestaba con dignidad i modestia. Se despidieron en el porton, i Enrique ofreció hacerles una visita. Ibáñez no dejó de referirle todo a su tio Manuel, el que quedó complacido, pues conocia las virtudes i mérito de Elisa, i por otra parte, esta era una agradable noticia para su hermano. Siguió visitándola, i ya que comprendió que estaba correspondido, la pidió a la tia, quien se sorprendió de una resolucion tan precipitada.

—I Elisa lo quiere a usted? le preguntó a Ibáñez.

—Me parece que sí, mi señora.

—Esto es bien raro, por cierto, dijo la tia; pero ya se ve.... que en estos tiempos, los últimos que saben el casamiento son los padres. Cuándo en mis tiempos! Voi a contarle cómo se verificó mi matrimonio.

Yo fuí la única mujer en mi familia: me educaron en la alcoba: no salia sino a misa con mi madre, i eso a la iglesia mas inmediata. Un dia me llamó mi padre i me dijo que me iba a casar. Yo le contesté que haria lo que él quisiera: yo tenia una prima i se lo conté. Qué buen mozo será mi novio! le decia yo. A las cuatro de la tarde se presentó un viejo cuyo vestido era el siguiente: casaca tijereta, calzon corto, camisa de gola, peinado de bucles de pichon con polvos blancos, i completaban este ajuar, zapatos de hebilla de oro: este era un vestido elegante, pues era el de la moda en aquel tiempo. Yo lo vi por la hendija de la puerta, i creí que era el padre de mi novio; pero no señor: al fin tuve un triste desengaño. Me llamó mi padre, i presentándome a él le dijo: aquí tiene usted a su novia, señor don Matías: ¿qué le parece?

—Mui bizarra en verdad---- Yo lo miraba con horror, i luego que se despidió me preguntó mi padre qué me parecia don Matías, i le contesté: No lo quiero, papá, no me gusta, pero haré lo que su merced disponga.

—No seas tonta, me dijo: el señor don Matías no es jóven,

pero en cambio de esto es rico, virtuoso i hombre de juicio, que es lo que garantiza la felicidad en el matrimonio.

Así fué : pocas mujeres fueron tan felices como yo. Por mi parte, lo queria con gratitud : su finura i sus virtudes me lo hacian ver despues con otros ojos, i cuando falleció, lo sentí mucho : todavía su recuerdo me sirve de tormento.

—Tenia usted razon, mi señora, le dijo Ibáñez, pues una persona buena es digna siempre de consideraciones.

—Sí señor, continuó la señora Manuela : en estos tiempos no es así : las muchachas andan revoloteando como las mariposas, hasta que se arrojan a las llamas i se queman.

—Pero, mi señora, a Elisa no le sucederá eso, porque yo soi mui conocido i mi familia tambien.

—Es verdad : yo sé que su familia es virtuosa, como todas las buenas familias de allá ; pero las mas veces los hijos no imitan los buenos ejemplos de sus padres. Por otra parte, es necesario saber si este matrimonio es del gusto de su familia ; que vea yo la contestacion que dan a usted sobre sus proyectos.

—Sí señora, dijo Ibáñez : en el próximo correo estará aquí.

—Entre tanto, usted me hará el favor de visitar con ménos frecuencia a Elisa---- Esta condicion fué mui dura para él, pero hubo de someterse. Se despidió. La tia comenzó a hacer reflexiones a Elisa.

—Tú lo quieres ? le preguntó.

—Sí señora, porque tengo informes de que es honrado i virtuoso ; i este fué el consejo que me dió mi madre.

—Recuerda que ella fué mui desgraciada. Son mui de temerse estos forasteros que no se conocen, i algunos matrimonios en Bogotá no duran ni seis meses sin separarse.

Enrique le escribió a su padre, i aunque sorprendido de tal resolucion, le contestó gustoso dando su consentimiento ; pues por librarse del matrimonio con Leonilde, i por ser Elisa tan estimable señorita, segun los informes que tomó, él

i todos los de su familia se complacian con esta union.

Ya Enrique no se acordaba de Leonilde. Un dia, barriendo el cuarto la criada, se encontró en el suelo varias flores secas i el rizo de pelo que Leonilde le habia regalado : se los entregó a su amo, i éste le dijo que los botase a la basura. Así es este mundo ! Así son los hombres!---- No tenia Enrique otro placer que pasar por la casa de Elisa. Vivia ésta en una de balcon en la esquina del Beaterio de la Merced, uno de los mejores sitios que tiene Cali. No léjos de allí está el hermoso i cristalino rio, que se divisa desde el interior de todas las casas, i el puente de calicanto, que es mui concurrido de jente. Estaba Elisa un dia frente al convento, vestida con traje blanco, i suelto el crespo i abundante pelo : el viento que venia del lado del mar, jugueteaba con sus rizos. Se oia el canto de las monjas, que acompañadas con el órgano entonaban con su voz nasal las letanías a la Vírjen de los Remedios, que es la que allí veneran por ciertas tradiciones. Enrique estaba en la esquina, conmovido al oir ese triste canto i contemplando desde léjos esa encantadora mujer. Pasaban algunas amigas a bañarse, i le dijeron : – Elisa, quieres venir con nosotras a nadar ?

—No, porque mi tia está un poco enferma.

—Sí, ya sabemos---- por----- no alejarte de la esquina.

—Por cierto que no : me es indiferente----

Esta palabra hirió el corazon de Enrique, porque le parecia que era verdad lo que oia.

Llegó la contestacion de don Antonio para su hijo i para la señora Manuela, la que, despues de varias conferencias, convino no sin repugnancia. Se fijó el dia para el matrimonio, i a las seis de la mañana estaban los novios en el monasterio. Se arrodilló Elisa ante el altar de la Vírjen, le dirijió una fervorosa oracion, i despues dijo : ¿en dónde estás, madre querida, para que me des tu bendicion i voluntad, i para que

vengas a presenciar este acto solemne? Pero nadie responde al clamor de una huérfana!----i diciendo esto, un torrente de lágrimas bañó las mejillas de Elisa. Ibáñez recibió al pié del altar por esposa a la jóven mas pura----

Ya se habian pasado varios dias despues de su matrimonio, cuando recibió Enrique una carta i una cajita. Al momento que vió la letra se sorprendió, porque conoció que era la de Leonilde; abrió la cajita, i era el retrato de ella, triste i llorosa i con los cabellos desordenados. Sorprendido i confuso, se puso a leer la carta, que decia así:

"Al señor Enrique Ibáñez.

"Fusagasugá-----

"Enrique:—Es média noche, hora en que todo duerme bajo las sombras misteriosas i velado por el silencio. Solamente hai un corazon que se ajita como la péndola de un reloj cuando marca a compas las horas: así sus latidos conmueven una existencia que le abruma. Sabes cuál es? El corazon de la desgraciada Leonilde! hoi combatida por la suerte; hoi víctima de un engaño, pues que tú le juraste hacerla feliz. Sí; ingrato, sé que te casas---------- ¡Que seas dichoso!-------- Te mando mi retrato: en esa imájen verás mi sufrimiento: el desórden de mis cabellos te revelará el de mi imajinacion, i mis lágrimas el dolor de mi alma. No te será indiferente, porque yo sé que el primer amor no se olvida; ese amor que encontraste en el camino de la vida cuando despertaste del apacible sueño de la infancia. Yo tambien me caso dentro de cuatro dias, porque mi padre así lo quiere. Mi futuro esposo es un antioqueño mui rico, llamado Eladio Ramírez.

Adios, Enrique!! ¡Que seas feliz!------—LEONILDE."

XI.

Dejemos ahora a los esposos, i traslademos al lector a Fusagasugá, a ver el trájico desenlace del matrimonio de Leonilde.

Como sabemos, ella vivia en una quintica adornada con sencillez, pues todo el lujo se reducia a sus lindos jardines, las enredaderas i al arroyuelo que corria por la orilla de la casita haciendo un murmullo agradable. La mañana estaba serena, el cielo velado por densas nubecillas a manera de gasa, i la brisa suave i juguetona. La hermosa Leonilde se ocupaba en prepararse para recibir la visita que le habia anunciado su padre el señor Villamil, quien se paseaba intranquilo por los corredores, por la tardanza de su futuro yerno. Por fin lo ve venir por la Alameda, en compañía de dos personas al parcer de ménos tono que él. Este era don Eladio Ramírez, hombre como de unos treinta años de edad, moreno, de mirada torva, ojos negros i poblada ceja, elegantemente vestido, con reloj de oro, del que pendia una cadena, tambien de oro.

—Mui buenos dias, señor Villamil.

—Servidor de usted, Ramírez. ¿Por qué se tardó U. tanto?

—Porque he tenido que hacer mucho: escribir a mis corresponsales por el paquete a Europa, avisándoles que en el mes de marzo me esperen, i en fin, otras tantas cosas que me han hecho demorar; pero usted tendrá la bondad de dispensarme la falta.

—Sí señor: siga usted para la sala i siéntese. Muchacha, llama a la señorita Leonilde.

Entró la hermosa Leonilde, vestida con un trajecito de popelina rosada, adornado de cintas del mismo color, que hacia un bello contraste con la blancura de su tez i su rubia i crespa cabellera. Saludó atentamente a los señores que se hallaban presentes, ofreciéndoles esquisitas frutas en bandejas de porcelana. Despues de un rato de conversacion sobre jeneralidades, se dirijió a Leonilde.

—Señorita, ¿usted me ama?

—Por cierto que sí, señor Ramírez.

—Eso es verdad, Leonilde?

—Como usted lo oye.

—Oh! soi el mas feliz de los mortales escuchando un sí de su linda boca.

—Gracias, señor Ramírez: es usted mui galante.

—Yo deseo unir mi suerte a la suya o ser su esposo, Leonilde: todo mi capital lo pongo a su disposicion.

—Mi resolucion es la de papá.

El casamiento se arregló en silencio, porque así convenia, ínter que Ramírez como comerciante iba a dar sus órdenes.

El Sr. Villamil, lleno de placer porque iba a casar a su hija con un rico, que no es poca cosa, tomó prestados 300 pesos a rédito, hipotecando su finca i sus labranzas. Por de contado, fué un usurero quien le facilicitó esa suma, con el interes de dos por ciento mensual; pero él no pidió rebaja por ser para su hija, i para un buen negocio. Inmediatamente partió para Bogotá con la lista de los encargos para el dia de la boda: traje para la novia, de donde la madama C***, la cual le dijo que se lo haria a la medida, i que el corte le costaria mui poco.

—¿Cuanto podrá valer, mi señora?

—Ah! caballero un cosa mui corta, *desnueve* pesos.

—I la hechura?

—Veinte reale.

Cuando volvió por el traje de boda i la madama le vió los fuertes, ascendió a cincuenta pesos la cuenta. Asustado esclamó entónces:

—I esto por qué, mi señora?

—*Pur les adornes*, galoncito, botones i todas esas cosas que lleva una novia.

Él regateó, i le hizo presentes sus circunstancias i el exceso de la cantidad; pero no le valieron chicanas. Por fin se acabó la cuestion con rabias i maldiciones contra estas mercenarias

estranjeras, herejes, de mala fé, que vienen a pelarnos; i por su parte ella contra este *mericano ruanon* mal educado; pero siempre triunfó ella, porque tuvo Villamil que aflojarle los cincuenta pesos. Fué a las confiterías, compró dulces, licores, aceitunas, salmon, pasas, almendras i todos los demas encargos. Mandó tirar las boletas de *parte* donde el señor Ponton, por ser una imprenta i litografía de las mejores; pero tampoco le rebajó.

En ese tiempo se empezaron a usar las crinolinas; i él, creyendo que este nombre se adaptaba a todo como el de *Garibaldi*, buscó un sombrero *de crinolina* para su uso en toda la calle real. ¡Cuánta gracia les hacia a los comerciantes esta ocurrencia! quienes siendo tan déspotas como son, se reian en las barbas del pobre Villamil, hasta que éste se persuadió de que los tales sombreros no habian llegado todavía. Gastó 200 pesos i regresó.

Tomó la mejor casa de Fusagasugá; convidó a toda la jente de allí, i a varias familias de la aristocracia de Bogotá, que estando de paseo no se escusaron. Colgaduras blancas, festones de flores, i una araña con seis espermas, formaban todo el lujo i adorno de la sala. La mesa, estaba mui bien preparada con cremas, bizcochos, pudings, confites, jamon, salmon, sardinas, aceitunas &,ª i frutas, que en pocas partes las hai tan buenas, i para completar el adorno, no hacian falta las bandejas de esquisitos *suspiros*.

La sala estaba llena de convidados i no convidados, porque en los pueblos hai mucha confianza; las ventanas llenas de mirones i los músicos tocaban una alegre pieza ántes del matrimonio. Se efectuó la ceremonia, i entre los curiosos estaba un paisano del novio; llamóle éste la atencion por ser tan parecido a otro sujeto que él conocia, i preguntó quién era i cómo se llamaba el tal novio. Le dijeron que era un antioqueño mui rico, llamado Eladio Ramírez; pero a lo que vol-

vió la cara le vió una cicatriz en la frente. Él es! se dijo para sí. Es el mismo!

Reinaba el placer en la sala: estaba encantadora Leonilde: podia habérsele tenido por una novia de Europa. Vestia un lindo traje de tul blanco; una corona de azahares ceñia su frente, i sostenia su velo nupcial un prendedor de diamantes; pero sinembargo de ser tan risueña, estaba pensativa i llorosa. Se acordó de Enrique Ibáñez, porque es mui difícil olvidar el primer afecto, i mucho ménos el de la infancia, el afecto que se despierta con la inocencia, como el de Pablo i Virjinia.

El observador no pudo contenerse cuando vió la cicatriz i el prendedor de la novia: en el acto llamó a Villamil i le dijo:

—Señor, usted ha sido vilmente engañado: su yerno es un bandido, a quien tengo órden de prender.

—Qué dice este infame! Está usted loco o ebrio?

—No señor. Si usted quiere persuadirse, que lo llamen.

El señor Villamil se acercó a Ramírez i lo llamó. Este se puso pálido como la muerte cuando conoció a su paisano.

— Sigue conmigo, infame! que no te llamas Eladio Ramírez sino Leon Pacheco, de Ambalema. Tú fuiste el asesino de la señora Morera por robarle, i ese prendedor es una de sus fincas.

Nuestro lector podrá suponerse ya cuán horrible fué este chasco para la novia. Todos los concurrentes se impusieron del fatal acontecimiento. Leonilde, aunque con cara de ánjel, tenia corazon de pantera: se arrojó a él llena de furia, i le tiró con cuanto pudo. Andaban por el aire los platos, bizcochos i taburetes, como las balas en un campo de batalla, i morian en la cabeza i cuerpo del novio, quien aguantaba resignado cuanto venia de la venganza de su esposa, que loca de furia lo maldecia. De los convidados no hai que decir nada, porque ellos, viendo la cosa mal parada, se retiraron espantados.

Por lo que toca al señor Villamil, no hai cómo espresar su pena, porque era el personaje principal de la escena. Su hija única, víctima de un engaño i avergonzada para siempre; él arruinado, pues era probable que el señor *** se quedara con su quinta; i así sucedió. No tuvieron mas recurso los pobres en este conflicto que venirse a Bogotá: aquí abrieron una casa de juego i una botellería que asistia Leonilde, quien llamó la atencion en esta ciudad, como era natural, por su belleza. Pronto se vió la afluencia de cachacos a la botillería i a la casa de juego, que parecia una colmena. No habia mejores ni mas perfumados cigarros, ni licores mas esquisitos, ni dulces mas dulces que los que vendia Leonilde. Aunque los tahures perdian, decian que ganaban. Al fin la bautizaron "Estrella Polar."

XII.

El señor Ibáñez le escribió a Enrique el trájico desenlace del matrimonio de Leonilde, el cual lo sintió mucho, porque se creia cómplice, pues tal vez la pasion que ella le tenia, la habia precipitado.

A poco tiempo tuvo la pena Ibáñez de perder a su tio, que estaba mui anciano: arregló la mortuoria, vendió las casas i demas fincas, i se fué con su esposa al seno de su familia.

Mui sensible le fué a Elisa separarse de su tia, pero ésta no quiso irse con ella. Enrique, ántes de partir para Bogotá, quiso conocer a Popayan i el Valle del Cauca, i Elisa despedirse de su familia i amigas. Cuando entró Elisa a la casa que era de su madre, no pudo contener el llanto, pues en el descanso de la escalera estaba la Vírjen de las Mercedes. Se arrodilló ante ella i le dijo: Oh! Madre mia! en ti se fijó mi primer mirada al nacer, i la última de mi madre al morir... Enrique notó la semejanza que habia entre la Vírjen i Elisa, i esclamó: Es tu retrato!

—Esto no es estraño, repuso Elisa: mi madre se fijaba mucho en esta imájen, i ya sabes que la imajinacion puede tanto...

Siguieron para Bogotá por el camino de Guanácas, i al pasar por el valle de Neiva admiraron su hermosura i riqueza. No mui léjos de la ciudad pasa el majestuoso Magdalena, adornado de corpulentas ceibas. Son mui fértiles sus campos, la jente intelijente i laboriosa, i hai familias mui distinguidas.

La sabana de Bogotá le pareció triste a Elisa, pero no dejó de admirar su riqueza i el movimiento de carros i ómnibus: el rio Funza le pareció oscuro i miedoso; la entrada a Bogotá mui bonita por su calle de sauces: el barrio de San Victorino mui alegre.

A su llegada la recibieron mui bien sus suegros, i dieron una comida para obsequiarlos, i a pocos dias un gran baile por la noche. Se iluminaron el salon i la galería con lámparas de gas: dos criados en la puerta recibian la jente, i se habian preparado en un cuarto perfumes, polvos de arroz i guantes para las señoras. Las parejas eran elegantes, lindas i bien vestidas, pues en Bogotá tienen gusto las mujeres para vestirse i peinarse. Despues de bailar valse de *Strauss*, cuadrilla i polka-mazurca, cantaron, i algunas señoritas tocaron el piano, entre las cuales se hallaba la preciosa María Ibáñez. Mucha impresion le hacia a Elisa ver tanta jente, i todos desconocidos para ella: le parecia estar en un baile de máscaras. A poco tiempo se fué relacionando con la sociedad de Bogotá, la que le pareció distinguida, fina e ilustrada; las señoras virtuosas, buenas esposas i excelentes madres; las señoritas mui bien educadas. Ora las miraba en el templo alabando a Dios, ora socorriendo con sus limosnas a los pobres en los hospitales. En fin, todo le parecia a Elisa admirable. Cuando salia a conocer a Bogotá con su esposo, siendo tan curiosa, como hemos dicho, lo aburria con multiplicadas preguntas.

—¿Cuál es el palacio del Presidente? le preguntaba a Enrique.

—Este.

—No parece---- I tantas banderas qué significan?

—Son las legaciones de los ministros.

—¿I los ministros viven en estas tiendas?

—No, estas no son banderas: son las ropas de las mujeres que viven ahí, i que como no tienen interior, las sacan a secar a la calle.

—¿I esos escombros en la plaza de Bolívar?

—El Capitolio: se quedó en proyecto, i está pendiente en la imajinacion del jeneral Mosquera.

—I esa estatua tan buena en la mitad de la plaza, de quién es?

—De Bolívar.

—¿I no hai otra cosa mas de Bolívar que esa estatua?

—Nada mas, hija.

—En estas tiendas tan concurridas, qué venden?

—El licor dorado.

—I esas hojas en forma de bandera, unas de chisgua i otras de tallo, qué significan?

—Es un aviso de los artículos que se venden aquí para el pueblo bajo.

En fin, por este estilo eran las preguntas impertinentes de Elisa---- Un dia quiso ir a conocer la plaza de mercado (de Arrubla), pues es digna de conocerse por la abundancia de víveres, frutas i concurrencia de jente que parece hormiguero. Llamó a su criada, la que salió provista de canasto i costal, i siguió para el mercado con mil trabajos por el camino. Ya se le enredaban las blondas del manto en el canasto i se le arrancaban,; ya le pedian limosna los pordioseros, ostentando sus dolencias, i si no les daba, la insultaban i maldecian. Se encontraba con algunas señoras desvalidas, i despues de contarle

la historia de su vida desde nuestro padre Adan, concluian pidiéndole un ausilio. Mas adelante los muchachos la miraban i gritaban : *ai ! baratillo de cascarilla i papelillo !* Por otro lado las burras con el adobe la atropellaban, pues cuando el chircaleño grita, ya están encima. Otras veces disputando la acera, que parecia como bailando bambuco ; las cargas por un lado, el carbon por otro &.ª &.ª Al fin llegó a la plaza, i allí fué peor la barahunda de tanta diversidad de jentes.

XIII.

Así pasaba Elisa, siempre modesta i virtuosa, su vida. Aun cuando Enrique no era estremoso, sinembargo la queria. Sus placeres i pasatiempos los encontraba en recreaciones inocentes, que es en donde está la verdadera felicidad del mundo. Su carácter dulce i anjelical la hacia apreciable para con todos : buena amiga i excelente esposa.

Un dia salió Enrique, i al regreso se le ocurrió comprar cigarrillos en una botellería de San Victorino, cuyos estantes estaban llenos de botellas conteniendo mistelas de todos colores i vinos de diversas calidades, cigarros i cigarrillos ; un cajon de cristal guardaba los bizcochos ; sobre el mostrador habia dos grandes tazas de dulces i otras cuantas de leche ; un farol pendia de una cuerda atada a una vara horizontal en la que estaban varios objetos. Llamó Ibáñez i salió una jóven elegantemente vestida : él se sorprendió al ver a una mujer tan parecida a Leonilde, i despues de saludarla con atencion, le dijo :

—Es usted la señorita Leonilde ?

—Servidora de usted. ¿ Con quién tengo el honor de hablar, caballero ?

—Con Enrique Ibáñez.

—¿ Es posible, esclamó Leonilde, es posible que sea usted? No lo habia conocido : está tan viejo i tan feo.

—Sí, Leonilde ?

—Por cierto que sí.

—I tú lo contrario : siempre hermosa !

—Gracias, Enrique ; pues es raro, porque he sufrido tanto, como U. debe saberlo. Yo vivia contenta i dichosa con mi padre ; gozaba de los placeres inocentes del campo, los que brinda la naturaleza con sus variados elementos, i me sonreia la felicidad. Mi delicia era respirar el perfume de las flores, admirar su variedad de colores, i como el colibrí que, incauto, juguetea de una en otra flor i chupa su dulce néctar, sin apercibirse de la mano enemiga que lo acecha i aprisiona en una jaula ; así yo lo ví a usted, i fué usted, Enrique, quien turbó mi dicha ; pero tambien Dios castiga desde aquí----

—Pero, Dios mio ! esclamó Enrique, el cielo es testigo de que yo no quise burlarme de tí. Qué hacer ? Estaba tan jóven, i mi padre se oponia a nuestro enlace. Por otra parte, yo no tenia recursos. Sí, te lo juro, Leonilde, yo amo a mi esposa; pero tambien me atormenta la idea de haber tenido parte en la desgracia de una mujer a quien amé tanto. Sí, Leonilde, espero me perdones : si necesitas dinero, yo te daré cuanto quieras.

—Gracias, Enrique : con nada en el mundo puedo volver la paz a mi alma i la quietud a mi corazon. Ai ! he sufrido tanto---- ; i las lágrimas rodaron por sus mejillas, lo mismo que por las de Enrique, que trató de consolarla.

—I tu padre dónde está ? Leonilde.

—En las piezas de adentro, que es en donde están los jugadores.

Habia una puerta, i siguieron a una pieza donde habia un billar i mesas de dado i de tresillo, todas con carpetas verdes. Allá, a la vislumbre de una débil lámpara, se veian unos tahures

pálidos, con los ojos colorados: otros dormian vestidos sobre las bancas: no se oía sino el ronquido sordo como el de un moribundo: otros furiosos maldecian su suerte por haber perdido su fortuna.

El señor Villamil estaba blanco de canas, recostado en una mesa contando plata, i al instante que lo vió Enrique lo saludó con ternura.

—No se acuerda de Ibáñez? señor Villamil.

—Sí, señor, mucho; aunque usted ha variado ya.

—Es que he sufrido, señor?

—Físicamente.

—Es decir que estoi feo, segun me dijo Leonilde?

—No señor, no por cierto; es que usted está ya barbado.

—I usted qué tal? señor Villamil.

—Ya puede usted calcular, Don Enrique, con tantos trabajos que hemos pasado.

—Sí, señor, todo lo sé, i lo siento mucho. I usted quiere volver a Fusagasugá?

—No, señor: a qué, sin mi quinta? Por otra parte, esta niña está avergonzada desde el chasco que le pasó.

—Pues si usted quiere su quinta, yo le doi con qué la compre; cuente usted con una cantidad mañana mismo.

—Gracias, Don Enrique: yo tambien le ofrezco mis servicios i mi casa. Cuando quiera venir a divertirse, puede hacerlo con confianza: esta noche vamos a hacer una rifita, contamos con usted.

—Con mucho gusto, señor Villamil. Aquí estaré esta noche.

Le llevó la cantidad al Sr. Villamil, el cual le agradeció mucho; i entró a la rifa i ganó, como sucede siempre, que la primera vez ganan los que juegan, porque el diablo les ayuda. Así siguió Enrique jugando i botando despues toda su fortuna, hasta que un dia por casualidad lo descubrió Elisa. Se llenó de indignacion con el manejo de Enrique, e inmediatamente se lo

refirió todo a su padre. Se cercioró don Antonio, reprendió fuertemente a Enrique; pero ya era tarde: su hijo estaba completamente perdido i arruinado. Don Antonio lamentaba el resultado fatal de una mala educacion mimada i consentida, como la dan algunos padres que creen hacerles bien a sus hijos, i les estravían sus buenas inclinaciones i su talento. He aquí un ejemplar, un hijo desgraciado: sus padres i esposa ya sin remedio, ya en el borde del abismo donde perecen.

XIII.

Daba el reloj las dos de la mañana en el Callao: reinaba un profundo silencio: la luna, velada por pardas nubes, reflejaba sus tibios i moribundos rayos sobre la mar: no se oían sino las olas del Pacífico, que azotaban las riberas i morian, ora turbulentas, ora calmadas, arrullando con su dulce susurro el sueño de los habitantes. Solamente Alfonso, inquieto i ajitado, reclinado en una mesa, i su hijo paseándose al frente, aguardaban impacientes alguna persona. En efecto, a poco rato se oyó el sonido de una campanilla, i esclamó sorprendido: él es! Un tierno abrazo se dieron los antiguos amigos. Era Alfredo que acababa de llegar. Descorcharon algunas botellas de champaña, i bebieron varias copas con placer. Ya está arreglado el plan, le dice Alfredo a su amigo. Sí, mi querido Alfonso, hoi mismo te embarcas, ya pagué el pasaje del vapor, i están las mercancías aseguradas por mi cuenta, sin riesgo de que lo sepa Brandon.

—Ai! esclamó Edmundo, horrible es el paso que damos, padre!

—Sí, hijo, pero peor es la miseria: una quiebra es aterradora, i tanto mas cuando pensamos cubrir en ménos de cuatro meses la suma, quedándonos el doble para volver a trabajar. Nuestro capital es de *cien mil pesos*: le debemos a Brandon

cincuenta mil; pero tú sabes que si nos ejecutan, como es natural, lo rematan todo por la tercera parte, i entónces no nos restará nada i le quedamos debiendo.

Edmundo tenia un carácter tan dulce i tan delicado, que no se conformaba con una evasion sospechosa, i le decia a su padre que preferia la pobreza, mas bien que cometer una accion semejante. Pero Alfonso le dijo: que tenia poco mundo, que no conocia la sociedad en que se preferia el brillo del oropel al verdadero mérito: que la única recomendacion para un hombre era ser rico, que lo demas no se averigua de dónde procede, i que si llegaban a saber que habian quebrado, en el acto se cerrarian los salones para ellos, porque la sociedad huye del pobre, aunque este sea honrado...Estas reflexiones persuadieron a Edmundo, que no vaciló en obedecer a su padre. Se despidieron de Alfredo, el cual les dió una carta de recomendacion para una casa de comercio de granadinos en New York, con los nombres de Alfonso Rodrigo i su hijo Edmundo. Su embarcacion fué feliz. Ahí estuvieron algun tiempo, i despues la ajencia tuvo a bien enviarlos a la capital de la Nueva Granada. La acojida que les hicieron en esta ciudad, como era de esperarse, fué mui buena, siendo introductores i comerciantes ricos: así fué que las atenciones, convites i afectos por parte de la sociedad cada dia se aumentaban, i ellos mui satisfechos gozaban i retribuían con ostentacion. Abrieron sus almacenes, uno de los cuales despachaba Edmundo i el otro su padre. La plaza les pareció mui buena por que vendian mucho i fiaban, pero todo caro, así fué que en ménos de seis meses ya habian duplicado su capital. Adoptaron el sistema de los comerciantes, el ceño adusto i no rebajarle a nadie un centavo.

Vamos a ver los placeres que se les proporcionaron. En el acto los invitaron algunos estranjeros a un paseo al Salto, que es el paseo favorito. Ya se ve, admirable i sorprendente es este

espectáculo de la naturaleza. Aunque Alfonso conocia el Niágara, no dejó de admirar el Tequendama, tan encomiado por los poetas, inspirados por sus atronadores mujidos. Las bellas figuras que forman sus aguas cuando se precipitan desde la altura i mueren en el abismo, encantaron a Alfonso, aunque lo veía con tanta incomodidad; i decia a sus compañeros que era mucho descuido que a una catarata tan hermosa i tan visitada no se le hubiese hecho un mirador que costaria mui poco, i una casita inmediata para que tuvieran los viajeros donde descansar; pero alguno era de opinion que tenia mas atractivo la misma naturaleza agreste i desnuda de artificio como allí se presenta.

Completo estuvo el paseo: nada faltó. Regresaron llenos de contento i encontraron en su casa una esquela de convite para la ópera cantada por Rossina i Marietta. Qué hacemos? decian. Qué hacemos? Estamos mui cansados del paseo; pero cómo despreciar un convite tan comprometedor i mucho mas de una cantatriz? Se vistieron elegantemente, i a las ocho de la noche se presentaron en el teatro, que ya estaba iluminado con su hermosa araña en el centro, i lámparas de gas en derredor de los incómodos palcos. Las lunetas esperaban a los convidados i no convidados. Ya se presentaban las señoras i señoritas a ocupar sus respectivos palcos, i a ponerse en exhibicion ante tantos binóculos. Pero de repente todas las miradas se dirijieron a un palco que ocupaba la encantadora Elisa Ibáñez. ¡Qué hermosa es! se escuchaba por todas partes. Qué bella señora! I no les faltaba razon: la blancura de su tez hacia lindo contraste con su traje amarillo color de caña, adornado de tul blanco; su peinado era sencillo i elegante: brillaba en su seno un collar de diamantes, i ceñian sus brazos brazaletes de oro. Alfonso i Edmundo estaban al frente de su palco. Un golpe eléctrico fué para Alfonso la mirada de esta mujer, i la sonrisa que se dibujó en su linda boca cautivó su corazon.

—Quién es esta divina i simpática mujer ? preguntó a uno de sus amigos.

—Ah ! es la señora de Ibáñez, es un modelo de hermosura i virtudes.

—Casada ! esclamó.

—Sí, casada.

—Ai! qué desgraciado soi!....; i no apartaba su binóculo de Elisa.

Era Alfonso todavía jóven, no contaba sino cuarenta i dos años : alto i de elegante cuerpo, boca graciosa i blanca dentadura : su mirada sombría i penetrante indicaba grandes pensamientos i revelaba gran talento.

—Quiénes son estos señores ? le preguntó Elisa a su esposo.

—Son unos ricos negociantes de Guayaquil, Alfonso Rodrigo i su hijo.

—Parecen hermanos segun la semejanza que tienen.

—Ciertamente.

Se levantó el telon despues de muchos golpes i de aparecer una atmósfera de humo de los cigarros que los hombres fumaban en los corredores. Se presentaron en la escena Rossina i Marietta. Sin embargo de que Rodrigo habia oido a las mejores cantatrices de Europa, no le disgustaron las dulces voces de Rossina i de Marietta, que ejecutaron con primor un duo de "La Norma;" pero el corazon de don Rodrigo, que hacia muchos años que dormia "el dulce sueño de la tranquila paz," se despertó a la mirada simpática aunque inocente de Elisa, i palpitaba con furor i sin esperanza. Se acabó la funcion con muchos aplausos i ramos de flores arrojados a las cantarinas. Elisa desapareció con su esposo del palco, i Don Rodrigo los siguió hasta que se entraron a su casa. Enrique salió despues i se dirijió para la casa del señor Villamil, a quien saludó con finura, pero él le contestó con desprecio, pues ya habian desaparecido las atenciones de parte de él i de

Leonilde. Enríque no podia sufrir esta mutacion sin amargura ; no podia calcular cuál era el motivo para este cambio de unas personas que habian sido siempre tan amables con él.

Don Rodrigo no volvió a ver a Elisa despues sino un dia en que ella fué a conocer la catedral. Estaba allí arrodillada al pié de la Vírjen del Topo ; al traves de su manto de crespon negro vió él que una lágrima se enredaba en sus lindas pestañas como la gota de rocio en el cáliz de la flor. Se arrancó un suspiro del fondo de su alma : ella lo volvió a mirar, se encendieron sus mejillas i bajó los ojos.

Ai ! Dios grande ! quién fuera el esposo de este ánjel de bondad ! Cuánto la amo ! ¿Será porque es desgraciada que me inspira compasion ?..,i se salió de la Catedral pensando en ella.

Intertanto Ibáñez, lleno de amargura i de desesperacion por los desprecios de Leonilde i de su padre, i las fuertes reconvenciones de D. Antonio, llevaba una vida llena de pesares que marcaba en su semblante el próximo fin de su precoz carrera. Era ya un espectro, ya su mal no tenia remedio : no atendia reflexiones de nadie, su fortuna ya espiraba, todo lo habia jugado i botado ; pero cuando los hombres caen en estos escollos no hai esperanza. Leonilde lo despreciaba, pero esto aumentaba su pena : habia adoptado este medio rastrero para vengarse del que la habia hecho sufrir. Con su mirada de serpiente lo habia magnetizado completamente.

XIV.

Era una noche oscura i lluviosa, reinaba el silencio. silbaba el viento, no se oían sino los truenos sordos i retumbantes: los relámpagos de repente iluminaban la bóveda oscura. Empero en la casa de la " Estrella polar " se escuchaba alboroto. Entró Ibañez i saludó a Leonilde. Allí estaba tambien un señor Moreno, a quien Enrique tenia antipatía porque calcu-

laba que con las trampas en el juego, habia contribuido a la ruina de su fortuna: así es que al verle, dejó notar en sus ojos una mirada horrible.

—Señorita, dijo a Leonilde, no puedo soportar por mas tiempo sus desprecios, así es que le juro a usted por mi palabra de caballero no molestarla mas con mi presencia: no vuelvo mas a su casa.

—Yo le agradeceré a usted infinito; a mi me disgustan sus visitas, replicó Leonilde.

Se encendió el rostro de Ibáñez, e hizo crujir los dientes de rabia.

Pero tampoco dejo impune el delito de haberme arruinado este infame.

—Que es lo que dices de mí? vil calumniador! esclamó Moreno. Agradece que está presente una señorita a quien aprecio i respeto, i si no te beberia la sangre.

Se interpusieron varios de los tahures a meter paz; pero el corazon de Enrique era un volcan calmado en apariencia para despues hacer su esplosion: era vengativo a la par que cobarde. Se despidió tranquilo i sereno, fué a su casa i sacó un revolver. Afortunadamente Leonilde, con ese instinto de viveza de que está dotada la mujer, le advirtió a Moreno que no se descuidara, que el tigre no estaba domado. A las doce de la misma noche estaba distraido Moreno, cuando entró Ibáñez i le dijo: Vamos al campo del honor! Admitido el desafio, salieron al patio....Ibáñez le disparó un tiro que apénas lo hirió levemente; pero Moreno, sacando su revolver, apuntó con pulso firme i dió en el pecho de Enrique, causándole una grave herida.

En ese instante se escuchó alboroto de jente, gritos i esclamaciones por todas partes. Se llamó la policía i reconocedores del herido i apresaron a Moreno... Ahora vamos a donde Elisa. A las cinco de la mañana sonaron fuertes golpes en

el porton: se asomó asustada al balcon i le gritó la jente: "abra, señora, para meter el muerto." No pudo resistir esta palabra, le faltaron las fuerzas i cayó desmayada. Al ruido salió la criada, alzó a su señora i la acostó en la cama ínter recibia a su amo Enrique moribundo.

¿Cuál seria la pena para su padre i para su madre? Solamente el que tiene hijos puede decirlo. La casa estaba en una consternacion que conmovia: llantos, lamentos-------- Los médicos examinaron a Enrique, lo deshauciaron, e hicieron que se confesara. Le ocultaron esta noticia a Elisa, i cuando se restableció de su privacion, se fué a abrazar a su esposo i a hacerle los remedios: estaba la infeliz loca de pena. Despues que se confesó Enrique i lo administraron, la llamó i le dijo: —Mi querida esposa, voi a morir, pero quiero oír de tus labios el perdon para que Dios tenga piedad de mí: justo es este castigo porque no te merecia; desprecié el tesoro que Dios me dió en una virtuosa i anjelical compañera. ¿No es verdad que me perdonas, Elisa?

—Cielos! esclamó Elisa bañada en lágrimas. No, Enrique, no te mueres. Dios no quiere darme este golpe. En nada me has ofendido; pero si así fuere, te perdono, esposo mio.

Llamó a sus padres para recibir su bendicion, i se despidió de todos recomendando a Elisa. Despues de encomendarle el alma un sacerdote, espiró Enrique en los brazos de su esposa, dejando la casa en un estado de consternacion indecible. A las once del dia siguente se oían los tristes clamores de las campanas en San Cárlos: fúnebres dobles que penetraban el alma: el templo estaba adornado de crespones negros i coronas de cipres i sauco, esperando el carro mortuorio que traía los restos de Ibáñez. El sonido del órgano acompañando los salmos llenaba las bóvedas del templo durante la ceremonia. A pocos momentos crujian los goznes del carro conduciendo al cementerio los restos del esposo de la desgra-

ciada Elisa, que inconsolable estaba en un salon oscuro colgado de cortinas negras, i cubierto el retrato de su esposo con un velo de gaza del mismo color i con una corona de cipres.

Cuando supo don Rodrigo este acontecimiento, brilló un rayo de luz i de esperanza en su alma, cuyo porvenir habia mirado en lontananza. Aprovechó la ocasion de hacerle una visita i ofrecerle sus servicios a la viuda: se dirijió a la casa, lo condujeron al salon oscuro, el cual estaba lleno de jente: a tientas tomó un asiento i se estuvo callado; porque las visitas de pésame son una verdadera pantomima; no hai de qué poder conversar sin ser impertinente, los que saben finjir, suspiran i lloran; pero el que no puede hacer este papel toma su sombrero i se va. Así hizo don Rodrigo, trató de que lo viera la viuda al traves de sus lágrimas, que era lo que le interesaba, le ofreció su amistad i se despidió.

Elisa no volvió a salir ni a recibir hombre ninguno en su casa.

Pasaron algunos meses, i como sabemos que su esposo habia concluido su fortuna, se vió en la mayor pobreza, tanto que debia algunos arrendamientos. Al dueño de la casa le faltó paciencia, i empezó a cobrarle: su suegro tambien estaba arruinado. Enrique con engaños i tretas le habia hecho hipotecar la casa, i se la estaban ejecutando. Elisa mandó a su criada que fuera a buscarle aunque fuera una casita pequeña para vivir. Le trajo razon la criada de una casita por la calle del arco, que era de los frailes de san Francisco, pero que nadie se resolvia a habitarla porque habia vivido en ella un lazarino.—Eso no le hace, dijo Elisa, me paso. Lo primero que llevó fué el cuadro de nuestra Señora de las Mercedes, que se acordará el lector que tenia desde el tiempo de su madre; pero ántes de desclavarlo le rezó una oracion i dijo: Oh madre mia! por qué me has abandonado cuando has velado mi infancia? Ahora enjuga mis lágrimas.

Desconsolada Elisa se fué sin decir nada a sus suegros por no atormentarlos. ¡Qué angustia para la pobre Elisa verse sola i en una miserable casucha! Iba a colgar la Vírjen a la cabecera de su cama, cuando se desprendió un cespedon de la pared, i se descubrió una alacena antigua: con el mismo clavo le arrancó un pedazo i vió unos cajones de lata. Llena de temor mezclado de esperanza, llamó a su criada, la cual con una hacha acabó de abrir. Sacó los cajones, que contenian onzas españolas, i un cofre con alhajas i piedras preciosas. Es indecible el placer que tuvo, i mucho mas cuando encontró en uno de los secretos del cofre el siguiente testamento, en una tinta roja ya por el trascurso del tiempo; apénas se distinguia lo siguiente:

En el nombre de la Santísima Trinidad declaro que soi católico, apostólico, romano, que no tengo herederos de ninguna clase; así es que si alguna persona se encuentra este depósito, puede gozar de él en paz; pero ántes de todo que mande decir unas misas a nuestra Señora por mi ánima:"----i una † era la firma.

Tomó Elisa su gran depósito, que ascendia como a unos cien mil pesos, se arrodilló ante la Vírjen, i esclamó: Yo te doi las gracias, Madre mia, al fin me oíste, llegó al cielo mi clamor; pero diré con San Agustin: Quién que llama a tí no es atendido? ninguno, madre de ninguno..... Pero no permitas que este dinero vaya a servir para la perdicion de mi alma.

Se fué para donde los suegros, les contó todo, i les dió con qué libertaran su casa: dió limosnas a los pobres, hizo una fiesta a la Vírjen, mandó decir las misas como lo disponia el testamento i compró una hermosa casa para ella, la que habitaba en compañía de María.

A poco tiempo el dia de su santo: entre otras felicitaciones estaba una de don Rodrigo, en verso, que entre otras cosas le decia lo siguiente: "que quisiera él en ese dia colocar en sus sienes una corona de rosas i azucenas; que ojalá él fuera tan

afortunado para recibir al pié del altar por esposa a la mujer mas virtuosa que conocia, a la par que la mas bella." Se la señaló a María: — Qué te parece ? yo debia contestar de esta manera a este señor:

Esa corona que tu amor me brinda
De cándida azucena i fresca rosa,
Merécela mas bien la vírjen linda
Que en el altar recibas por esposa.
Yo te la admito de cipres, de sauce,
Para ceñir mi atribulada frente,
Para borrar con ella el hondo cauce
De un recuerdo feliz que el alma siente.

Pero nada le contestó.

Elisa no salia de su casa sino una vez al mes, que iba al cementerio a colocar una corona en la tumba de su esposo.

La familia de Ibáñez tenia su sepulcro traido de Europa; porque los ricos no se conforman ni muertos con la igualdad, porque dicen que meter un cadáver en una bóveda de ladrillo es mui vulgar: gastan un capital en un mausoleo, sin que esto pueda evitar la putrefaccion i la nada que nos volvemos.

El sepulcro de don Antonio era de mármol en figura de templo, i en la cúpula de las tres torres estaban unos jénios arrodillados llorando.

Elisa se dirijió para allá vestida de negro i un velo que la cubria. Empero don Rodrigo, que no perdia tiempo, observó su salida, i sin que ella lo percibiera siguió su huella: iba embozado en una capa de paño i con una cachucha de piel calada hasta los ojos. Entró Elisa al cementerio, i al traves de las flores i arbustos la miraba don Rodrigo. Colocó la corona i se arrodilló a orar. Oh! cuán hermosa es la oracion de la mujer! Cuán encantadora aparecia Elisa como una estatua del mismo mármol al pié de la tumba de su esposo! El dolor aumentaba su belleza. Cuando se levantó, se salió don Rodrigo a esperarla en

la plazuela de San Diego, para tener ocasion de encontrarse con ella, abrirle su corazon i manifestarle sus puras intenciones. Se dirijió a ella palpitante de temor. Las campanas de San Diego daban el toque de oracion: reinaba un profundo silencio, no se oía sino el órgano acompañado del canto de los frailes, que elevaban su oracion al cielo, i que subia tan pura como el incienso al trono del Señor. El canto del gorrion, la débil luz de la lámpara daban un aspecto fúnebre a este sitio. Empezaba a salir la luna, i sus pálidos rayos daban sobre los sepulcros de mármol del cementerio en medio de los cipreses i sauces de Babilonia, que alzan sus copas i caen tristemente sobre dichos sepulcros. Desde allí se ve la sabana con su alfombra de matizadas flores i su plateada laguna.

Se dirijió don Rodrigo a Elisa i le dijo:

—Oh, mi señora! una feliz casualidad me condujo a este sitio para tener la dicha de verla.

—Gracias, Sr. Rodrigo, contestó Elisa con su arjentina voz.

—Mi señora, ¿no gusta usted que la acompañe a su casa?

—Se lo estimo a usted, señor, pero no me gusta sino andar sola.

—Pero me escuchará usted al ménos unas pocas palabras.

—Qué quiere usted? contestó ella un poco séria.

—Nada, mi señora, que pueda ofender su pudor, porque soi caballero. Tenga la bondad de sentarse i atenderme.

Elisa, un tanto disgustada, obedeció, fascinada por las maneras respetuosas i finas de don Rodrigo.

—Elisa, hoi deseo escuchar de sus lindos labios mi sentencia, i saber si soi acreedor a su mano. Desde que la conocí a usted se ha despertado en mi alma una pasion que no puedo resistir: quiero saber si encuentra eco mi corazon en el suyo, si soi amado.

—Yo le agradezco a U. su afecto, don Rodrigo; pero yo no amo ya nada en el mundo, he sufrido tanto! mi vida ha sido

una cadena de sufrimientos, mi cuna la arrulló el llanto de mi madre, i el jemido me adormecia en su regazo. Mi existencia se ha agostado como una flor combatida por el huracan; así es que no deseo sino la soledad.

—Elisa, yo tambien he padecido; perdí a mi esposa en Florencia! i la amaba con ternura; pero, Elisa, corramos el velo al pasado i seamos felices.

—Oh señor! esa felicidad, ese objeto vago ha desaparecido para mí en el mundo: solamente en el cielo lo encontraré! Sí, señor, mi historia, como he dicho, es tan triste, me han sucedido cosas tan particulares que nadie las cuenta, i mucho ménos una jóven de tan pocos años.

—Refiérame su historia, Elisa, para escucharla i participar de sus penas.

Elisa empezó su narracion con tanta ternura, que don Rodrigo estaba conmovido; pero cuando llegó a ciertos puntos, es imposible describir las sombrías nubes que cruzaban por su frente. "Dios mio! qué es lo que escucho! se decia para sí. Qué historia tan parecida a la mia!" No habia dado la casualidad de que nombrase sus padres, i sacando un medallon cercado de diamantes i pendiente de su cuello, se lo señaló. El se sorprendió, porque no era la primera vez que veía este objeto, pero no recordaba dónde habia sido. Con los rayos de la luna miró el retrato, mas como no se distinguia, no pudo conocer quiénes eran, i se lo devolvió a Elisa.

—Sí señor, por el otro lado está el retrato de mi padre, que no lo conocí, porque cuando él se fué, no habia nacido; lo desterraron por Obandista al Perú, i mi madre murió de pesadumbre porque juzgaba que habia muerto o la habia olvidado.

—Qué es esto! esclamaba don Rodrigo, i a cada momento se aumentaba en él la sorpresa. No pudo resistir mas, i le preguntó a Elisa:

—Podré saber quiénes eran sus padres?—Pues él creía

que los ocultaba Elisa por otro motivo o por algun nacimiento criminal; i no era sino porque le atormentaba nombrarlos por un instinto de sensibilidad.

—Sí señor. Por qué no los he de nombrar? Mi madre se llamaba Laura Rivera, i mi padre Alfon------ i no pudo concluir. Le faltaron fuerzas a don Rodrigo i se desmayó.

—Qué es esto! esclamó Elisa aterrada; qué le sucedió a este señor? Porqué lo hirió como un rayo este nombre?

Cuando volvió en sí don Rodrigo, se prosternó de rodillas ante su hija:

—Yo soi Alfonso Martínez! Yo soi tu padre!!

—Dios mio! qué es lo que oigo!— temblando esclamaba Elisa: le parecia un sueño lo que pasaba.

—Sí, mi hija adorada! yo fuí el ingrato que abandoné a tu madre, el padre indolente que te privó de sus caricias; yo la causa de todas tus desgracias!

Un torrente de lágrimas bañaba sus pálidas mejillas, i los rizos negros de su cabeza velaban su frente.

—Tranquilizaos, padre mio, yo os lo ruego. Mi madre i yo os perdonamos, i Dios tambien.

—No merezco la compasion de nadie. Haré lo posible para que Dios me perdone. Oh! mi vida ha sido tan llena de infamias i remordimientos; el cielo es testigo. Empero, aunque tarde, yo pondré remedio. Yo volveré a Dios, como lo hice en Jerusalen ante el sepulcro del Redentor. Pero querria que concluyera la obra. Ahora sí está ya acrisolada mi conciencia, encontrándote i oyendo de tus labios tu perdon i el de la jenerosa Laura.

Daba el reloj de San Francisco las nueve; no se oia sino el misterioso silbido de los serenos, cuando Alfonso conducia a su hija a la casa; i cuando él fué a la suya, encontró a Edmundo dormido. ¿Qué haré? se decia con la frente reclinada i apoyada sobre la mano. ¿Cómo impondré a este jóven de

una vida llena de infamias sin corromperle el corazon? ¿Qué dirá de mí cuando le descubra este secreto? ¿Qué concepto se formará? ¿Se avergonzará de tenerme por padre? Con mucha razon, siendo un jóven tan jeneroso. Por otra parte, no puedo ocultarle este misterio, ni engañarlo con mentiras, pues una simple mentira ha sido la causa de mis desgracias. Cuando me preguntó Teresa si era casado, debí haberle dicho que sí, i que fuí desgraciado, i no que la engañé.

Estaba en esta alternativa don Rodrigo, cuando despertó Edmundo.

—Qué tiene U, padre? le preguntó. Está U. malo? por qué no se acuesta?

—Ai! hijo, me duele el alma---- I le refirió todo lo acontecido, disfrazándole un poco el oríjen: diciéndole que ya habia muerto Laura cuándo él se habia casado con su madre; pero que habia sido desnaturalizado con su hija, aunque la habia juzgado muerta.

—Es decir que esa señora es mi hermana? esclamó Edmundo.

—Sí, hijo, tienes esa honra, pues es la mujer mas digna i santa que hai en la tierra.

—Sí, mi querido padre, yo la amaré con ternura.

—Yo te la recomiendo, hijo, porque yo me voi i no me volverán a ver ni tú ni ella.

—A dónde se va usted, padre? le preguntó sorprendido Edmundo.

—Mañana lo sabrás.

XV.

Cuando asomaba la aurora por los cerros de Monserrate i Guadalupe con su faz teñida de púrpura i grana, se veía un bulto embozado en una capa en la puerta del convento de San

Diego. Era don Rodrigo pálido i transido de frio, aguardando que abrieran para entrar a hablar con el guardian, quien no tardó en salir, i don Rodrigo se arrojó en sns brazos esclamando: Ah! Santo Padre! Dadme la salud, la vida de mi alma! Dadme un rincon en el claustro solitario para espiar mis delitos!

—Levántese, señor! le contestó el padre. Jamas se le cierran a nadie aquí las puertas, pues esta es nuestra mision. Vamos al convento, i escoja la celda que usted quiera.

Una celda oscura que daba al huerto i al jardin fué la que escojió.

—Bien, mi padre, supuesto que usted me ha dado asilo, esta tarde vendré a prepararme para hacer mi confesion: voi ahora a arreglar mis negocios.

Hizo su testamento, en el cual renovó sus votos de fé, i declaró a Elisa su hija lejítima i heredera de su fortuna: a Edmundo le dejó lo que le correspondia de su madre, i le mandó pagar a Brandon capital e interes. Llevó a Edmundo donde su hermana i se dieron un tierno abrazo.

—Hijos mios! vivid en paz, quereosmútuamente: yo voi a abandonaros para siempre.

—Es posible! esclamaron.

—Si, hijos, me voi a San Diego que es lo que desea i necesita mi alma.

Ni llantos ni súplicas lo hicieron variar de resolucion; a las doce del dia se dirijió al convento, vistió el hábito i se confesó; i le decia al padre:

—Ai! padre mio, me perdonará Dios?

—Sí, hijo, no lo dudes un instante, su bondad es grande. Él perdona siempre al pecador arrepentido.

Los cilicios, ayunos i mortificacion hicieron de Alfonso un santo, pues era el ejempar del convento, de donde no salia sino una vez al año a pedir la limosna para la fiesta de nuestra Se-

ñora del Campo, que es la imájen que allí se venera; i como el convento es tan pobre, porque esa es su institucion, le tocó a frai Rodrigo salir, lo que le repugnó, pero obedeció.

El sol estaba ardiente, el cielo despejado i la brisa suave: se oia el sonido triste i melancólico de la *chirimía*: frai Alfonso iba con su hábito i los ojos bajos conduciendo a la Vírjen, i con su platillo entraba a todas las casas. Llegó a una en donde habia lindos jardines, una pila de mármol en la mitad del patio, i jaulas de canarios i de turpiales que cantaban deliciosamente: tiró el cordon i sonó una campanilla.

—La limosna para la Vírjen! esclamó frai Alfonso. Salió una señora, se fijó en él, i se le soltaron las lágrimas al ver a su padre tan desfigurado i envejecido: sacó del portamoneda una onza i se la echó en el platillo.

—No, mi señora, le dijo él, nos es prohibido recibir mas de un real. Pero ella le suplicaba con instancia: lo obligó a volver a mirarla, i conoció a Elisa, se caló la capilla, le echó la bendicion i se despidió llorando.

La vida de Elisa no varió en nada; aunque tuvo muchas propuestas, como era natural, no quiso volver a casarse: su talento i esperiencia le habian hecho conocer que no habia felicidad en el mundo, i decia que lo único que la detenia en la sociedad era la ternura i afecto que le tenia a María Ibáñes, la cual era un destello del cielo.

Edmundo amaba a María en silencio: no se atrevia a declararle su afecto aunque notaba cariño por parte de ella. Él le enseñaba italiano, i cuando recibia la leccion de su encantadora discipula sentia un placer inefable. El primer objeto que se le presentaba a Edmundo cuando iba donde su hermana era María, pues siempre estaba en el jardin cultivando las flores. El saludo a su maestro era presentándole un lindo ramo, i una sonrisa celestial. Edmundo le colocaba una rosa blanca en su blonda cabellera.

A poco tiempo un lujoso coche tirado por dos magníficos caballos conducia a estos nóvios, a Elisa i a sus suegros, a la iglesia de San Diego, en donde frai Alfonso dió la comunion a todos i bendijo a los esposos.

Mucho se amaban estos, eran el consuelo de Elisa, i no se separaron de ella. Siempre les escribia frai Alfonso dándoles sabios consejos. He aquí una de sus cartas:

"En este momento de silencio i soledad, en que brilla la luna en el cielo i con su pálido fulgor alumbra el claustro haciéndome comprender que hai un Omnipotente que vela sobre tí, te consagro, Elisa, mi pensamiento. No llores, ni pienses que quiero turbar tu dicha. Soi feliz; no es en el bullicio del mundo donde reina la paz del corazon, no es en los salones dorados ni en los banquetes donde se vive contento, pues allí la sociedad bajo su hipócrita disfraz hace gustar su copa de hiel. Sabes en dónde sí? Es en el claustro, en este apacible retiro, donde voi lentamente aproximándome a la tumba. El fin del hombre es la muerte, a cuyo imperio nada se resiste: hasta las flores mas bellas inclinan su corola. Ai! Elisa, cuánto siento el tiempo que he perdido inútilmente! ¿De qué le sirven al hombre las riquezas que ambiciona? Todo lo destruye la muerte. No me ha que dado mas que el remordimiento que destroza el alma. Yo que abandoné a tu madre, a esa mujer anjelical modelo de virtudes, i a tí que te dió el ser para que sufrieras inocente! Sí, Elisa, la sombra de tu madre me ha perseguido siempre; en la soledad, en los placeres, en el peligro del mar; en donde quiera su imájen me ha acompañado. Empero, yo estaba sordo al clamor de la naturaleza i embriagado en los placeres del mundo hasta que el dedo de Dios me dijo: Detente, infame! i acuérdate que eres mortal! Ai! Dios es grande! ¿Por qué no desperté hace años? ¿Por qué no corrió el velo de mis ojos? ¿Por qué no ví ántes la eternidad? ¡Poco es, gran Dios!, el tiempo que me resta comparado con el pa-

sado, el que gasté ofendiéndote con mi crímen ; pero tu bondad es infinita, i tú perdonaste a David i a la Magdalena----
En él espero. Sigue feliz, i pídele al Dios eterno por

TU PADRE."

Mucho consoló a Elisa esta carta porque era probable que se fuera al cielo por su arrepentimiento. A pocos años cayó enfermo. Vamos a conocer su celda. Una tabla con un jergon i un ladrillo por cabecera era su cama : una mesa con un calvario, el estante con sus libros místicos, i una camándula de Jerusalen; acababa de completar este ajuar una mesa con una silla donde se sentaba a escribir.

Yacía acostado moribundo Alfonso Martínez, toda la comunidad en derredor de su lecho rezando ; al traves de las tinieblas de la muerte espiró al fin de un vago ensueño, en el cual murmuraron sus labios estas palabras : Dios me per..do..nó. En el acto doblaron las campanas con segundillo, i la comunidad con sus hachas encendidas en derredor del claustro, le hacia las posas, conduciendo los restos a la sala *De profundis*.

Este golpe era el único que le restaba recibir a Elisa para efectuar su proyecto. Viendo, pues, ya coronada su obra de colocar a María i a Edmundo, los cuales eran completamente felices, estaba concluida su mision en el mundo. Se fué de monja al monasterio de la Encarnacion de Popayan.

Mui triste fué para sus suegros, para María i Edmundo esta separacion ; pero no hubo remedio : los convenció que en este mundo esto era para ella la verdadera felicidad, i que despues de su ajitada vida, despues de atravesar este inmenso océano, era el camino para llegar a la opuesta orilla. Arregló sus intereses dejando a Edmundo de heredero, i una cantidad para los pobres. A poco tiempo fué a sepultar su belleza i encantos en un claustro. Fuése cubierta con un velo sin mirar a ninguna parte, porque decia que la memoria era el martirio mas cruel

que habia en el mundo, i que queria arrancar de su mente esos tristes recuerdos.

Entró al convento ; las monjas la recibieron con placer, pues la conocian desde pequeña, i tenia muchas parientes allí : vistió el hábito i se quitó sus hermosos cabellos----

Contínuamente recibian Edmundo i María cartas de Elisa, de Popayan, hasta que se espidió el decreto de estincion de las comunidades relijiosas. Entónces las jenerosas monjas del Ecuador llamaron i les ofrecieron su asilo a las de Popayan, i con ellas marchó Elisa.

"Duerme Ibarra en su lecho de flores bajo la estensa "bóveda de un cielo despejado en que brillan innúmeras "estrellas : el Imbabura, como un centinela avanzado, pro- "yecta en todas direcciones las sombras de su inmensa mole, "i parece contemplar orgulloso la hermosura de su hija pre- "dilecta. La paz i tranquilidad reinan por donde quiera. Si "alguna santa mujer se despierta sobresaltada por un sueño "siniestro, i dice con voz trémula : Jesus me favorezca ! nadie "le responde, Amen. I quién habia de pensar que en esa "hora de calma i de reposo resbale por la mente del Eterno "un pensamiento de esterminio ?"

Un fuerte movimiento de tierra hizo su esplosion, dejando sepultada la ciudad entre sus ruinas. Ayes, lamentos se oyeron por doquiera. ¡ Oh Dios de las alturas ; quién puede conocer tus secretos ?

Elisa pereció allí, prosternada de rodillas ante la imájen de la Vírjen de las Mercedes i con su ritual en las manos. Su alma voló al cielo, porque fué inocente niña, casta esposa i santa monja.

FIN.

Helguera Collection

PAMPHLETS

Number: P- ~~0051~~ P:0173

Author: Alvarez, Mercedes H. de

Title: Alfonso. Cuadros de Costumbres, por la Señora Mercedes H. de Alvarez.

Place of Publication: Bogotá

Publisher: Imprenta i Estereotipia de Medaro Rivas

Date: 1870

Dimensions: 18 1/2 x 13 2/5 cms., 1-81 pp.

Condition: Dirty wrapper, interior pages worn at edges from much reading

General Notes: A romantic novellette set in Popayán and Bogotá in 1839.